

CIENIT

*sociología —
ciencia — literatura*



Editorial. — E. Relgis : Dos enfoques sobre la libertad. — A. Guillén : España en la Edad Moderna. — J. Peiró : Objetivos y acción del sindicalismo. — S. Campos : El destino de los pueblos ante las élites políticas. — El hombre y la sociedad. — J. Guerrero Lucas : Confidencias : J. Prat : Superarse es renovarse. — F. Ocaña : Asesinato de Miguel de Unamuno. — B. Russell : Comunismo y capitalismo. — El mañana eterno. — M. Celma : Camus, el grande. — Fraternidad, base del bien. — M. Betis : Las dictaduras. — Hay que elegir. — R. Liarte : El pensamiento y la vida. — M. Noailles : Educación y justicia.



181

Marzo - Abril 1968

REVISTA MENSUAL
PRECIO : 1,50 F.

Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

He aquí una de las obras del arte griego, reunidas en el Museo Nacional de Roma.

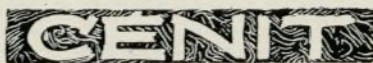
Es la cabeza de una joven sacerdotisa de la escuela iónica de Fidias.

¿Fue éste el autor de esta admirable escultura? ¿O alguno de sus discípulos? Salvada de los desmanes de los hombres y del paso del tiempo, aún rota esta delicada nariz, el semblante guarda toda su serenidad y su indecible gracia.

Cabe preguntarse por qué milagro de la naturaleza, por qué maravillosa anticipación en el tiempo, Grecia logró alcanzar un tal grado de perfeccionamiento físico. Pues esta belleza de rasgos y de líneas no eran imágenes nacidas de la imaginación de los escultores: respondían a la realidad viviente de unos hombres y de unas mujeres en los cuales la figura humana consiguió perfecciones que no han sido igualadas: difícilmente se encontrarían hoy semblantes tan armoniosos, expresión de belleza tan acabada como nos legara el arte griego, reflejo, trasunto de una época.

Los Apolos, Afroditas, atletas, sacerdotisas, que crearan las escuelas de Fidias y de Praxiteles, no han podido ni serán jamás superados. Ni como reproducción de perfección física, ni como arte sutil, en el que los músculos, la expresión, el gesto de los rostros y de los cuerpos demuestran hondo conocimiento de la anatomía humana. Hubo que esperar al Renacimiento italiano, para que Leonardo de Vinci y Miguel Angel lo igualaran. Y después del Renacimiento, hubo que esperar a Rodin, Bourdelle, Canova, Viladomat en España, para que la escultura mostrara al cuerpo humano en su absoluta e incomparable belleza plástica.

CENIT se complace en honrar al arte antiguo, sin el cual no hubiera existido el arte moderno, reproduciendo esta preciosa cabeza.



REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Llarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esglesas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero, Severino Campos, Abarrátegui.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XVIII

Toulouse, Marzo - Abril de 1968

N.º 181

EDITORIAL

HORAS DE PRUEBA

CADA hora tiene su misión, cada hombre su cometido. Hay que saber apreciar el valor de las horas que pasan para no volver jamás. El tiempo es de un valor incalculable. Quien lo pierde está irremisiblemente perdido. Y lo esencial es 'ganar tiempo al tiempo, que no otra fue la fórmula de Séneca. Los pueblos que se tumbaron a la bartola desaparecen de la dirección mundial. Las civilizaciones adormecidas en sus viejas glorias, se entumescen y no dan un paso hacia adelante. Así ocurre con las ideas de vanguardia, con los movimientos de avanzada.

El anarcosindicalismo no es una doctrina de precipitados, es cierto; pero tampoco es la religión de las contemplaciones paradisiacas. Los precipitados no han comprendido absolutamente nada de nuestro ideario, de la misma manera que los embebidos por un misticismo delirante no sirven para ser obreros de la gran obra que desde hace más de un siglo estamos levantando. Se trata, pues, de crear y hay que dar paso libre a los creadores.

Conveniente será que analicemos las posibilidades que tiene nuestro movimiento anarcosindicalista en el actual instante del mundo. Brota por todas partes un auténtico renacimiento intelectual. El ideal anarquista es abrazado por muchos hombres de élite intelectual y moral, que antaño parecían hostiles o indiferentes a la llamada de nuestros organismos obreros. Nuestras ideas ganan terreno, se expansionan, penetran en los corazones. Hemos desconfiado excesivamente de los recién llegados, creyendo que un intelectual que se acerca a nosotros tiene como objetivo personal medrar a costa de nuestros sacrificios. Y este error debe ser corregido sin demora.

Ni el intelectual es el ombligo del mundo, ni el revolucionario el eje de la tierra. Pero los dos unidos pueden y deben ser brazo y cerebro, conciencia y energía de la revolución moderna. Los anarquistas no admitimos las clases ni las jerarquías. No hay una clase intelectual ni desleída. Todos somos un producto de la sociedad, de los medios de educación y las posibilidades de desarrollo. Lo demás es pura estatolatría, gregarismo ideológico de tres al cuarto.

De ahí, afirma Nettlau, que no fue nunca una clase, sino los elementos del tipo descrito dispersos en todas las partes de la sociedad. Por eso ni Bakunin, ni Marx, ni Lenin ni Malatesta, ni Reclus ni Kropotkin fueron proletarios, mientras que en cambio lo fue Mussolini. No hay en la historia esos cambios de telón como en la escena del teatro. Y la lucha de clases, la ocupación por una clase del puesto de la otra, predicada como factor único del progreso y forma única de las revoluciones sociales es una construcción simplista sin realidad, que cierra a sus adeptos lavista sobre toda magnitud, amplitud y profundidades de la evolución progresiva con sus pasajes rápidos, torrentes y cataratas que se llaman revoluciones.

Si queremos salir adelante en el camino emprendido importa que sepamos ganar a las voluntades valiosas para nuestra causa. Cada día debemos presentar nuestras ideas de una manera más amplia, ya que el anarquismo, tiende a proyectarse en el tiempo y el espacio. Bueno es que seamos consecuentes, puesto que la consecuencia es una virtud revolucionaria; pero también debemos ser modestos y sencillos, del corte de nuestros grandes maestros, como cuñas de la misma madera. No tiene más razón quien más grita ni posee la verdad el que cree ser infalible como un Faraón.

Nuestra causa es hermosa y por serlo merece el espaldarazo de todos los hombres libres. Nuestro deber es salir del aislamiento, predicar nuestros conceptos libres en todas partes. Las grandes empresas sociales, como los hechos que influyen en la marcha de la historia, sólo pueden florecer en un ambiente general propicio a toda innovación saludable.

Por otra parte, urge estrechar contactos morales e ideológicos con la juventud internacional. En los cuadros juveniles se está produciendo un despertar venturoso. Llegar a esas capas nuevas, cultivarlas y alentarlas para las ideas y el movimiento, debe ser el quehacer más apremiante de los anarcosindicalistas. Los hombres preparados ya no creen en Roma, Moscú, Pekín o Washington. Pero creen, eso sí, en el cometido del hombre libre, en la misión renovadora y revolucionaria de la clase obrera, en la transformación gradual y completa de la sociedad. Otro tanto le ocurre a la juventud que no enciende la cera en los altares ni rinde culto a la personalidad de cualquier tirano de nueva hornada.

Los hechos nos demuestran que no hemos andado todo el camino que deseábamos caminar. Pero no es menos cierto que patentizan también que no hemos trabajado en balde. Nosotros hemos hecho nuestras todas las angustias del mundo y todas las esperanzas del hombre. Por eso somos invencibles.

Hay horas que pasan sin dejar huellas. Discurren olvidadas, perdidas. Sin embargo, cuando el tiempo es orientado por el destino de una gran causa social, las horas tienen un poder incalculable. Llega un momento en que hay que optar por el discurso o la práctica, por la contemplación o el dinamismo, por la inercia o la acción. Es la hora de la prueba. Cuando hay que hacer movimiento o dormirse, cuando hay que ser hombre o rebaño.

Lo esencial es recoger las palpitaciones de la época. Vivir con el tiempo para hacer la historia nueva. Quien conquista conciencias y gana adeptos para su causa, prepara los materiales para edificar una vida más grande. Necesario es conseguir las cosas que están a nuestra medida. No podemos esperar nada. La vida es una gran conquista.

¿Qué hacer?

Extendernos. Proyectarnos y dar a conocer nuestras ideas. Decirle al hombre que la revolución la lleva en sí mismo; hablarle a la juventud para que crea en su voluntad determinante como fuerza regeneradora de la sociedad. Las conquistas sociales no son una comodidad; se consiguen de cuando en cuando mediante una lucha tenaz y agotadora. La juventud libre, los intelectuales rebeldes, la clase obrera no puede caminar bajo la espada. Luego hay que fundirla. Suprimida ésta, la amenaza desaparece.

No existe mejor observatorio que el de la conciencia. Con la máxima responsabilidad debemos afrontar las horas de prueba que se avecinan. El carácter de un movimiento revolucionario como el nuestro no es la contemplación religiosa ni la precipitación violenta, sino la acción razonada que gana cerebros y sentimientos, hasta formar organizaciones determinantes. No podemos mirar las cosas de un modo pasivo cuando tenemos el deber de estructurarlas.

La acción social movida por ideas generosas y altruistas es el exponente más exacto de la perfección humana. La idea puesta en acción, por brotar del impulso determinante del hombre se apoya en la conciencia personal, tiene cuerpo en la voluntad colectiva y produce la satisfacción del deber cumplido. Lo que hace fuerte al movimiento anarcosindicalista es la solidaridad con el pasado de su vida y el sentimiento del deber para crear lo que sabemos que es cierto: una sociedad siempre dispuesta a saciar el ansia de libertad, el hambre de justicia, la sed de dignidad de cada hombre.

Dos enfoques sobre la libertad

por EUGEN RELGIS

I. — ¿QUE ES LA LIBERTAD?

EL sentimiento de la libertad es para la mayoría de los seres humanos una palabra mágica, una ilusión demasiado a menudo engañosa, pero también el impulso siempre renovado para continuar el trabajo cotidiano y la lucha por un porvenir — ¡no! por un presente — mejor.

Para los europeos, esta palabra: libertad — si no tiene una significación racional y universalmente humana — tiene diez o cien significaciones contradictorias, unilaterales, absurdas, exclusivistas o simplemente tontas. La confusión de los espíritus ha llegado a ese caos arbitrario, a veces estancado, a veces trastornado, donde es muy difícil volver a encontrar el buen camino. Las dos guerras mundiales y las numerosas pseudo-revoluciones en diversos países, no han proporcionado la liberación de los pueblos, y menos aún de los individuos. La Gran Revolución de este siglo, en la Europa oriental, ha frustrado las primeras esperanzas sinceras, no siendo en realidad una revolución social, sino el pretexto, para un partido político totalitario, de instituir un nuevo régimen absolutista. Todas las aspiraciones sociales y políticas, exacerbadas por la miseria económica, han finalizado siempre en conflictos sangrientos: guerras nacionales, guerras civiles, guerra de clases, guerras entre «partidos únicos», guerras llamadas raciales, más grotescamente, más odiosamente, guerras «ideológicas». En el reino de la intolerancia furibunda, de la violencia organizada con tales medios de una ciencia deshumanizada por técnicos de una fría e implacable crueldad.

¡Y todos hablan de libertad! Se creía luchar por la libertad de la nación, y es para mantener la potencia y la riqueza de una minoría parasitaria que han perecido millones de soldados y civiles. Se creía luchar contra el capitalismo y el imperialismo occidentales, y es para hacer despuntar un capitalismo de Estado y un imperialismo político al otro extremo de Europa, en nombre de los pueblos «libertados» por los «ejércitos de los trabajadores». Se creía liberar al mundo de la pesadilla del fascismo y del flagelo nazista, pero, después de haber cortado dos o tres cabezas, he aquí que otras cabezas rebrotan en otras partes, en los países «libertados»...

Y las olas de la locura totalitaria golpean ciegamente, por todas partes, entre las ruinas de la vieja Europa. Las libertades se vuelven a su vez opresoras. Los esclavos de ayer se instalan en los sillones

de los antiguos dueños, para mandar a otros esclavos. En nombre de la libertad, se continúa con la tortura política, la inquisición policial, el entrenamiento militar de poblaciones enteras. Se hace de un país una prisión, de otro un campo de concentración, de otro un desierto lleno de hambrientos y, por fin, de otro un «paraíso social», donde el sistema de gobierno está edificado sobre el plan piramidal, con un Faraón «proletario», cuyo poder absolutista no es superado por ninguna autocracia, en la horrible historia de la humanidad sojuzgada y ensangrentada.

¿Quién puede ofrecernos una definición humana y racional de la libertad, y por lo menos una enseñanza positiva, extraída de la realidad social? Se olvida el magnífico ejemplo de la otra revolución, la de España, en 1936-39, cuando se estuvo en vísperas de poner las bases de una sociedad libertaria, federalista, sin el armazón asfixiante de la burocracia estatal, militarista y eclesiástica. ¡De ella no se habla más! Salvo los militantes errantes en el exilio y, sobre todo, los guerrilleros que mantienen una lucha encarnizada en su país, por proclamar contra la nueva Inquisición ibérica, una libertad que ha conservado su significado fraternal y creador.

A nosotros, europeos refugiados en América, incumbe el deber de decir la verdad a los pueblos americanos. Las turbias olas de la dictadura golpean ya las orillas del Nuevo Mundo. «Golpes de Estado», pronunciamientos, estallan por aquí y por allá. Los restos del fascio y de la cruz gamada son recuperados, pérfidamente, en los países indoamericanos; instructores disfrazados, despojos de regímenes hundidos en Europa, han encontrado aprendices de dictadores en este continente, del Atlántico al Pacífico.

Y ese es el gran peligro: lo que se llama «libertad» en América, tiende a perder el sentido esencial — humano y fraternal — para volverse una nueva idolatría de la fuerza arbitraria y de la intolerancia, en nombre de una «ideología» plutocrática. Ya, el imperialismo capitalista del Norte, enfrentado al otro imperialismo del Este, político y «proletario», extiende su dominación económica en la América Central y en la del Sur. Se habla de la tercera guerra mundial con una loca arrogancia, olvidando que será verdaderamente la última, ya que no habrá ni vencedores ni vencidos, pero sí un cementerio planetario donde todo lo que significa todavía humanidad, cultura, arte, ciencia, ideal espiritual, dicha de vivir, será aniquilado.

II. — CULTURA DE LA LIBERTAD

En la historia de la humanidad, hay épocas que pueden ser definidas con una fórmula y aún con una sola palabra. Se puede enumerar, en la evolución biotécnica y, por consiguiente, económica y política, las épocas de piedra, de bronce, de hierro, de la máquina de vapor, de la electricidad y finalmente de la energía atómica. Pero en las esferas superiores de las civilizaciones sucesivas o, según la terminología de los «dialécticos», en las superestructuras sociales y culturales, las épocas históricas se caracterizan con ciertas palabras: matriarcado, patriarcado — esclavitud, absolutismo — politeísmo, monoteísmo, monismo — teocracia, racionalismo — artesanado, producción en serie creación estética — derecho o la fuerza de la ley, justicia o la ley escrita de la conciencia y de la solidaridad humana — fraternidad, igualdad, libertad.

¡He aquí la palabra! Libertad: la primera y la última, el secreto y la llave de la condición humana, desde el mitológico Prometeo y el rebelde Espartaco hasta las legiones de héroes anónimos de nuestra época llamada democrática o colectivista. Tan imprescindible como el aire y el pan que anhelamos cuando nos faltan, y para los cuales trabajamos y luchamos incesantemente. Desde los albores de la humanidad, la libertad, instintiva y luego consciente, recorre los continentes y los siglos como un río vital, con sus elementos nutritivos y sus fuerzas renovadoras. En lo social, como en lo económico y político, como en lo espiritual e intelectual, la libertad es sinónima a energía. Hay una **energética de la libertad** que pocos han estudiado y expuesto, en los pesados tomos de la filosofía y sociología, como el supremo significado de la historia de la humanidad.

Se dice que el siglo XIX es el del «liberalismo»: palabra confusa, contradictoria, diluida en un crisol de buenas intenciones y aspiraciones idealistas cuando el industrialismo y la ciencia parecían haber llevado a la gran ruta de las victorias humanas. Para nosotros, el siglo XX se podría caracterizar con esta otra palabra, genuina y terminante en su claridad: **libertad**.

¡Sí! La primera mitad de este siglo está iluminada por las gigantescas llamaradas que suben de las ruinas de dos guerras mundiales (sin contar los entreveros nacionales) y de una revolución mundial (con sus innumerables rebeldías y levantamientos social-políticos en todos los países). Y, precisamente, porque en este medio siglo llegó a su auge la tiranía de los partidos únicos, de las nuevas clases que pretendían realizar una sociedad sin clases, precisamente, por la opresión cada vez más insostenible del Estado totalitario, por esa exacerbación de la esclavitud guerrera, política y económi-

ca, la reacción libertaria y libertadora ha llegado a formas más impulsivas o más voluntaristas, más individualistas y a la vez más unánimes que nunca en el pasado de la humanidad, del mismo modo que, en la realidad física, cuanto más poderosa sea la presión sobre un elemento de la naturaleza, tanto más explosiva es la contrapresión en el momento de su liberación.

Y la libertad humana, tan aterrorizada, perseguida, encadenada por los tiranos y verdugos políticos y estatales, ha acumulado en los inaccesibles rincones de la conciencia, en las honduras del alma, en los manantiales inagotables de la voluntad creadora, una potencia que ya se ha manifestado, en nuestros días, por esperanzados ejemplos de verdadera revolución, en individuos y pueblos. La energética de la libertad se revela como una magnífica realidad, que sólo algunos profetas y sabios han proclamado antes con la lúcida visión de un porvenir de amor y justicia entre los hombres, por encima de todas las cárceles nacionales, de las artificiales fronteras estatales, de los campos político-económicos, y de los campos de destierro, para el exterminio llamado racial, clasista o contrarrevolucionario. Esta energética de la libertad ya no puede permanecer empírica, circunstancial, al azar de los acontecimientos. Como las fuerzas de la naturaleza, concentradas, multiplicadas, encaminadas hacia fines productivos por la ciencia y la técnica, la libertad debe ser vigilada por la conciencia ilustrada, siempre fortalecida por la voluntad claravidente, y enriquecida por todos los valores a la vez personales y universales del alma y del pensamiento, de la ética y la estética, de la sabiduría que sabe armonizar la materia y el espíritu. En algunas palabras: la libertad debe ser cultivada, como los otros elementos de la cultura.

¡Tanto se habla y se reivindica hoy la «libertad de cultura» y tantas flaquezas, tantas cobardías e hipocresías se ocultan bajo esta fórmula cómoda y generosa! Debemos dar vuelta a esta fórmula y proclamar la verdad fundamental, orgánica, de la «cultura de la libertad». Así se clarifica la nebulosa de las buenas intenciones, de los anhelos que tantean por callejones sin salida, y aparece la ruta firme del progreso. Así, la libertad recupera su sentido original. Alimentada sin cesar con las energías vivificantes de la cultura, que es universalmente humana por las contribuciones de todos los individuos y pueblos, la libertad — palabra tentadora, consoladora o engañosa — se convierte en fuerza lúcida, en potencia creadora, en la quintaesencia de la verdadera moral que ennoblece la persona humana, la del individuo que siente sus responsabilidades para con sus semejantes y conoce sus deberes mediante la comunión con las realidades de mundo terrestre y cósmico.

España en la Edad Moderna

por Abraham Guillén

Tesis sobre su historia: de la unidad nacional y el imperio a la decadencia

(Conclusión)

13. — España y América: América se perdió para España porque le prohibíamos plantar olivos, viñas y comerciar con el extranjero. Como nosotros no teníamos industria poderosa, sólo queríamos tener el monopolio del vino, del aceite y de otros productos con las colonias. Así no les dejábamos a los «criollos» en su agricultura; no les llevábamos maquinarias para su industrialización; sencillamente porque España seguía siendo un país neo-feudal, poco apropiado para desenvolver el comercio con las Indias Occidentales.

Las colonias hispanoamericanas hacia tiempo que recibían productos manufacturados de Europa, que no producía España. Incluso el comercio más provechoso con las Indias — el tráfico de esclavos negros — fue realizado por Inglaterra, bajo cláusula acordada por el Tratado de Utrecht. España no sacó provecho sustancial, como no fuera almacenar oro y repartirse tierras, de su Imperio de las Indias.

Un clero secular numeroso y los tribunales de la Inquisición, vigilaban las conciencias de los criollos y los esclavos. La Iglesia prohibía las lecturas de los filósofos burgueses descreídos partidarios de la Revolución Francesa de 1789-93.

Sin libertad de comercio ni para plantar olivos o vides, sin autonomía administrativa, Hispanoamérica se rebeló contra la madre patria. En 1809, cuando España era aliada de Inglaterra contra Napoleón, perdieron los «criollos» las batallas de la independencia, particularmente en Venezuela. Pero de 1815 a 1829 triunfaron: España ya no contaba con la neutralidad de Inglaterra. El general Riego se había sublevado, en Cabezas de San Juan, en 1820 porque no quería aplastar las libertades de América, sino hacer jurar la constitución liberal al rey Fernando VII. España, sin poderío industrial y naval, tuvo que abandonar América, dejándola abierta a la colonización financiera y comercial de la Europa capitalista y de Norteamérica.

Inglaterra y Estados Unidos — cuando se convocó la Conferencia de Panamá de 1824-26 para unificar las ex-colonias hispanas en una gran nación — bloquearon los objetivos unitarios de Bolívar, para mantener desunidas a las naciones latinoamericanas, a fin de poder recolonizarlas financieramente, luego de su independencia atomizada, balkanizada.

España pudo haber salvado la unidad hispanoamericana en una comunidad de naciones libres, pero no tenía industria, cultura avanzada y poderío financiero para dirigir una colonización hispánica en los cinco continentes. Actualmente, España vuelve hacia América con emigrantes, sobre todo, gallegos echados de su tierra natal por

falta de desarrollo económico, por presión demográfica. En adelante, es necesario que España vuelva sobre Iberoamérica con técnicos, ingenieros, y especialistas para poder contribuir a la liberación de los pueblos iberoamericanos, que quiere engullirse el imperialismo del dólar. Es difícil que seamos útiles los españoles a los iberoamericanos mientras nosotros mismos no seamos un país libre del imperialismo anglo-sajón, que todavía mantiene posiciones coloniales en Iberoamérica y en España (Gibraltar).

14. — España y la Guerra de los Treinta años: Asoló a Europa con ejecuciones en masa, levadas militares, persecuciones y la destrucción de la economía. España defendió a Fernando de Estiria y el catolicismo contra el protestantismo. Fernando utilizó el poderío español para hacer la unidad alemana. En lo concreto, Madrid pretendía que se le devolvieran los Países Bajos. Los Estados europeos (incluida la Francia católica) no querían que se crease un nuevo Sacro Romano Imperio, bajo la corona de los Austrias. Por hacer triunfar el catolicismo, una forma abstracta del imperialismo de Felipe II, España dispuso su Tesoro, comercio, industria y agriculturo, así como sus juventudes. En vez de destinar la «Armada Invencible» al transporte de riquezas de América, para desarrollar nuestra economía y comercio quemamos nuestros buques en Lepanto contra los turcos; y en el Canal de la Mancha, contra los protestantes ingleses.

A la hora de la paz de Westfalia (1648) y de los Pirineos (1659), España pagó duramente su intervención descabellada en la Guerra de los Treinta Años. Francia ensanchó sus fronteras del Norte a expensas de España. Por el tratado de Utrecht los españoles perdieron todas sus posesiones europeas que bajo la casa de Austria no le sirvieron para nada, como no fuera para ser peones en la estrategia y la política de dicha dinastía, que nunca pensó en española, sino en poner España al servicio del imperio germano. Carlos V lleva la denominación alemana, ya que era I de España y V de Alemania.

Después de la batalla de Rocroy (1643)... ganada por los franceses a los españoles... el ejército hispano ya no contaba como potencia armada: la época de los Tercios de Flandes y de Italia había pasado, así como las glorias de la batalla de Pavia (1525), con el Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba. Sin poderío económico, desahogados y arruinados por la Guerra de los Treinta Años, los Austrias Felipe III, Felipe IV y Carlos II «El Hechizado», perdieron, a su vez, el Rosellón, Artois, Franco Condado y, sobre todo, Portugal, que se separó de España, por presión combinada de Francia e Inglaterra, para liquidar a nuestro país como potencia mundial.

Con la casa de Austria fuimos a remolque de Alemania; con la casa de Borbón, al de Francia. Nunca tuvo España

durante el Imperio Hispano una dinastía auténticamente española, que pusiera el país por encima de las combinaciones estratégicas de franceses y alemanes.

La paz de Utrecht (1713) nos quitó Gibraltar, Mallorca, Cerdeña, Nápoles, Milanesado, Bélgica: nos liquidó como potencia europea. La paz de Viena y Aquisgram nos devolvió algunas posesiones italianas, pero con soberanía independiente de España. Hemos sido un país con todas las posibilidades a nuestro alcance para ser una gran nación durante muchos siglos, pero los Borbones y los Austrias nos utilizaron como país en forma de negocio privado. La Iglesia española quiso rey cristianísimo, o mejor dicho, catolicísimo, aunque el país no tuviera política internacional propia: el Vaticano, los Austrias y los Borbones hacían la política en España para arruinarla; y ninguna revolución surgió para barrer tanta podredumbre política.

Hoy Franco pone España al servicio del Pentágono, del Vaticano y del marco alemán con igual desprecio del país que los Austrias y los Borbones.

15. — La monarquía contra la nación; Carlos V y Fernando II soñaban con el Sacro Romano Imperio de Otón el Grande o de Federico Barbarroja, pero a costa del dinero, la sangre y los intereses nacionales de España, agotada estérilmente contra Europa en la Guerra de los Treinta Años. ¡Lástima que los Comuneros de Castilla y las Germanías no cumplieran, en España, el papel de Cromwell, en Inglaterra, contra Carlos II!

La España de la victoria de Pavía, del tratado de Madrid contra Francisco I y del Tratado de Cambrai, es primera potencia de Europa, pero a favor de Alemania o, mejor dicho, de la política de familia de la casa de Austria, que hizo del ejército y del tesoro de España el gendarme y el financiero de los Estados centrales, donde nuestro país tenía menos intereses que en África, Portugal y el Mediterráneo.

Los ministros y consejeros más notables de Carlos V eran flamencos, alemanes o miembros de la Iglesia: antepusieron los intereses de la Europa central contra los de España, o los de la Iglesia contra el pueblo y la nación hispana.

Francia, Holanda e Inglaterra, durante la Guerra de los Treinta Años, se muestran como países de empresa, con una política auténticamente nacional en esa guerra, mientras España se revela como un país de aventura; sin política nacional ni política internacional al servicio de su interés económico y estratégico, como potencia mundial. En la Guerra de los Treinta Años, los generales no saben realmente por qué pelean en Europa, mientras Halborough, Turenne, Gustavo Adolfo, Condé, Richelieu y Mazarino tienen conciencia de que van a crear poderosas nacionalidades. Tanto que el rey catolicísimo Luis XIV y sus cardenales Richelieu y Mazarino, se sitúan del lado de la Europa protestante contra la monarquía bífrente austroespañola. A la hora de la paz de Utrecht, Luis XIV ha creado una nación poderosa, sirviéndose de la religión para la política, mientras que en España se servía la religión de la política, para desangrar y arruinar a España, en las guerras de religión.

Luis XIV consiguió todo contra España: separar a Portugal de la unidad ibérica y colocar a su nieto Felipe V en el sillón real de España. Para no alarmar a Inglaterra, Felipe V declaró renunciar a la corona de Francia. En compensación, los británicos recibieron Gibraltar, Mallor-

ca y el monopolio del comercio de esclavos negros con las colonias españolas de América. Con el apoyo de la Iglesia, la monarquía borbónica pasó a España sustituyendo a la casa de Austria; pero ambos, Borbones y Austrias estaban contra la nación española, pues reflejaron, en el trono español, los intereses bastardos y antinacionales de dinastías extranjeras dominantes en Europa. España, que por su poderío económico e imperial, debía haber hecho la nueva Europa era modelada colonialmente a la manera de las políticas europeas de los Austrias o de los Borbones.

16. — Las frustración histórica de España: Luego de la victoria de las Navas de Tolosa (1212), los moros quedaron reducidos a los reinos de Córdoba y Granada. Pero la división de España y Portugal, que hiciera Alfonso VI, incapacitaba a nuestro país para abreviar la liberación nacional. El reino de Aragón se lanzó hacia el Mediterráneo en su expansión, llegando con Jaime el Conquistador a Baleares y Sicilia. El reino de Navarra siempre tuvo su política ligada a Francia, más que a España. Portugal se lanzó hacia el Atlántico y África, en su expansión. Castilla, Asturias y León se centraron hacia la reconquista interior: España era un mosaico de reinos feudales, luchando los unos contra los otros, incapaces de ser unidos por una política racional de unidad nacional, que no está hecha aún en el siglo XX, caso único en Europa, con la separación de España y Portugal.

Con la casa de Austria, España se volcó en Europa contra su interés nacional en África y América. Con la casa de Borbón, bajo el «pacto de familias», fuimos un «satélite» de Francia y de Inglaterra. Con Franco, la crisis histórica y política sigue vigente: somos un «satélite» de Estados Unidos, un convento grande, un cuartel y una cárcel. Nuestro país necesita, por fin, un movimiento ibérico de liberación que sirva de cemento a la unidad entre Portugal y España. Si no somos capaces de hacer la unidad ibérica, no podremos negociar con los pueblos norteafricanos la creación de un vasto mercado común hispano-africano. En consecuencia, España y Portugal servirán de bases aeronavales y coheteriles para los yanquis, que pueden destruir nuestro país, caso de una guerra atómica entre soviéticos y norteamericanos. Hay que acabar con la frustración histórica de España, para hacer la unidad ibérica, sobre la base de una Federación con economía, política, estrategia y diplomacia centralizadas, pero con suficiente autonomía administrativa para las regiones federadas.

Es necesario salir de la crisis histórica hispana. Durante la guerra de la Beltraneja opusimos, indebidamente, Castilla y Portugal. En el levantamiento de los Comuneros de Castilla contra Carlos V y su monarquía extrajera, los líderes perdieron porque no se declararon republicanos; era demasiado pronto. En la guerra de sucesión, a la muerte de Carlos II «El Hechizado», se vendió, con la aceptación de la dinastía borbónica, la soberanía de España a Francia. En la guerra de liberación contra Napoleón Bonaparte, los guerrilleros españoles tuvieron el Poder, que había dejado abandonado el Ejército realista, pero éstos lo volvieron a perder al aceptar la restauración de la monarquía decrepita en la persona de Fernando VII. Con las guerras carlistas, peleamos por una hembra o un varón del tronco podrido de los borbones, desahogando inútilmente a España. En la guerra civil de 1936-39, el pueblo tuvo la fuerza y pudo ganar la guerra, pero

no tenía cerebros capaces para hacer triunfar la revolución nacional y social, que necesitaba España. Es necesario, una vez por todas, hacer la revolución que cambie las viejas estructuras hispánicas, que no marchan más, que no facilitan el desarrollo económico, cultural y tecnológico del país. Después de Franco no puede volverse a un neo-liberalismo anacrónico, ahora que España necesita soluciones democráticas y federales bajo un gran movimiento ibérico de auténtica liberación.

17. — Europa y España: Nuestra unidad hacia África o hacia Europa debe hacerse sobre la base de una doctrina no capitalista, liberada de ataduras imperialistas, para que pueda ser efectiva. Los tiempos del imperialismo geoeconómico han pasado ya a la historia sobre el predominio de una nación o de un bloque de naciones particularistas. El imperio posible es solamente el de las ideas de redención, no en el cielo, sino en la tierra; sin explotación del hombre por el hombre, sin que la propiedad sea desposesión del pueblo o derecho de usar y abusar de éste por una pequeña minoría de privilegiados.

Europa no puede ser defendida por el Pacto del Atlántico, por la estrategia imperialista de la OTAN, donde el dólar define los objetivos de la política y de la economía de los pueblos europeos. Europa no será ni hecha ni protegida por la estrategia atlántica del imperialismo anglosajón, sino por una libre federación de pueblos no capitalistas, que englobe a países y regiones sin demarcaciones artificiales de fronteras. Rusia no es una potencia que no sea europea; para hacer la paz y liberar a los pueblos del viejo mundo no se puede prescindir de la Unión Soviética, pero sin subordinarse a ella con la misma devoción que Franco se subordinó a los Estados Unidos.

Para hacer una Europa a lo Gregorio VII, Otón el Grande, Carlo Magno, Carlos V, Napoleón, Briand o de la Comunidad Económica Europea, han pasado los tiempos del nacionalismo económico, sobre la base del poder de la burguesía. La Europa nueva será socialista para hacer su unidad y evitar la guerra, o será con capitalismo otra vez, ruinas humeantes. Ante una perspectiva apocalíptica del capitalismo es necesario atajar el mal de la guerra imperialista: hacer la revolución socialista en cada país, para unificar todos los países luego en una federación de pueblos iguales, sin «chovinismo de gran nación» del Este o del Oeste. Entretanto, España debe estrechar más sus lazos con un Norte de África, que apunta al socialismo, que con una Europa capitalista que provocará la guerra.

18. — Unidad ibérica o decadencia: España y Portugal siempre fueron una misma nación ibérica, antes de los reinos feudales católicos y de los «reinos moros de taifas». Viriato luchó por la unidad ibérica contra la invasión romana, aunque era de origen lusitano. Sertorio quiso una república española unificada contra Roma, y tuvo su capital ibérica en Évora. La España visigoda fue una e indivisible. El Califato de Córdoba dio a España su verdadera fisonomía euro-africana durante la inteligente conducción política de Abderramán III y, sobre todo, de Almanzor. Córdoba musulmana, con su millón de habitantes, era la capital euroafricana más brillante de su época. Toledo se constituyó en la capital visigoda de una península ibérica unificada, hacia el siglo VI.

La Iberia visigótica se resquebrajó cuando la Iglesia, a partir de Recaredo (587), comenzó a ser intolerante con los judíos y los fieles a la religión arriana. San Isidoro

de Sevilla hizo, como el cardenal Cisneros, la unidad religiosa dentro de la persecución inquisitorial de arrianos y judíos. Bajo el rey visigótico Sisebuto (602) imperaba en España la Inquisición: los judíos, los plebeyos y los fieles a la religión arriana fueron encarcelados y perseguidos. Así se rompió la unidad espiritual de la nación, tomando a la Iglesia por el país.

Los concilios de Toledo eran el verdadero gobierno de

la España visigoda, pero no más que un parlamento aristocrático con ausencia del verdadero pueblo, como en las Cortes de Franco: expresión de la Iglesia, del Ejército, de la Aristocracia, de la Burguesía y del Partido único (Falange).

La España visigoda se derrumbó, como un castillo de naipes, porque era el único país europeo que seguía manteniendo el orden romano, la estructura de clases de la sociedad romana, con sus esclavos y clientes, para que disfrutara de la riqueza y del Poder una reducida minoría. En la batalla del Guadalete (713) cayó una España esclavizada, hambreada, dividida por persecuciones religiosas. Los árabes, en cierto modo, contaron con el apoyo de parte de la población, que les dio cobertura política. Pues el Islam no reconocía la esclavitud como una condición humana insuperable: bastaba a los nuevos fieles, para ser libres, pasarse a la religión de Mahoma.

España debe hacer la unidad con Portugal para que estas dos naciones ibéricas formen siquiera una sola, que tenga derecho a hablar de igual a igual con las primeras potencias. En la hora de la astronáutica, cuando el espacio y el tiempo terrestre ya tienen casi duración y dimensión, no es posible que España y Portugal sean dos naciones a medias, dos semicolonias del imperialismo anglosajón, dos mitades de un todo, que escindidas llevarán a la península ibérica a la peor de todas sus decadencias; pero la unidad ibérica no se hará con clericalismo, feudalismo y militarismo, sino con socialismo, con federalismo, sin clases sociales antagónicas, sin la dialéctica del amo y del esclavo o del obrero y el patrón.

19. — La decadencia histórica de España: Es atribuible al feudalismo residual, la Inquisición (prólogo de la barbarie nazi-fascista en Europa), al desmedido crecimiento de las órdenes religiosas (todavía 50.000 curas españoles están en el extranjero, asciende a 82.000 el número de monjas y no se sabe cuantos religiosos varones hay en España), al paro obrero crónico en las ciudades y en el campo (la mayor parte de los campesinos sólo trabaja en el verano), la ruina de la industria nacional (gravada con excesivos impuestos), la emigración de millones de españoles hacia América. (Ahora con Franco van hacia Europa, donde hay cerca de un millón de trabajadores hispanos como mano de obra descalificada), las guerras de religión en Europa (que sacrificaron a España en aras del catolicismo feudal contra el protestantismo burgués) y la existencia de una numerosa burocracia militar, eclesiástica, política y administrativa, que se traga al país, restándole la mayor parte del capital noble para inversión, para modernizar la industria, la agricultura y los servicios públicos.

En España, desde hace años, sólo trabajan alrededor de 15 españoles de cada 100. Con tan baja tasa de población productiva, el país no podrá industrializarse ni aunque

le regalen todos los dólares de Wall Street. La solución hacia la sociedad industrialista, con abundantismo económico, sólo puede lograrse por medio de la recapitalización interna, confiscando las rentas parasitarias de la plutocracia financiera e industrial y de la oligarquía terrateniente; reduciendo la burocracia supernumeraria, que debe ser transferida a sectores productores de bienes, dando trabajo a todos los españoles. Para ello hay que abolir los monopolios industriales, comerciales y financieros y los latifundios de corte feudal, que se oponen al progreso en el caso español, a la mecanización del trabajo rural para elevar su productividad, a fin de transferir mano de obra rural a servicios, minería, industria, cuerpos técnicos, energía, etc.

Bajo las casas reales de los Austrias y de los Borbones, España vivía empuñada con banqueros extranjeros. Los Fugger obtuvieron derechos para la acuñación de monedas en España, en 1535. Los Welsera recibieron de Carlos V derechos exclusivos para explotar a Venezuela, durante 20 años. La inflación de la moneda de vellón fue el signo financiero de la monarquía española de la época imperial. Con Austrias o Borbones, el país ha sido presa de recaudadores d' tributos, arrendados a particulares por la corona. La inflación española, antes de prodigarse el papel-moneda se hacía quitando peso a la moneda de vellón, de oro o de plata, para multiplicar los panes y los peces en beneficio del rey, pero en contra del desarrollo económico y tecnológico de España.

20. — Burocracia y subdesarrollo económico: La burocratización de la vida en España reside en la lentitud del crecimiento económica de la industria y de la agricultura, lo cual produce una desocupación crónica, que va más allá de las cifras oficiales de paro obrero y rural. Ante la insatisfacción económica y cultural de las masas populares, las luchas de clases son siempre muy tensas en España. Así las cosas, el Estado gendarme exige un fuerte aparato de control, vigilancia y ejecución de sus organismos, para tener a la sociedad amordazada, contra la pared, sin libertades democráticas. La crisis económica crónica ha producido, en España, una crisis política endémica que necesita, para ser superada, la realización de una profunda revolución que coloque al país a la vanguardia de los pueblos más desarrollados económica, cultural y tecnológicamente de Europa.

La burocracia, por su excesivo número, es el cáncer de España, pues exige al capital mucha participación en las ganancias (no dejando casi nada para renovar los equipos de producción). Ello mantiene a la clase obrera y a los campesinos dentro de un nivel de vida infrahumano, con salarios que no llegan a 1/3 del valor de Europa, a fin de que el capital saque ganancia de la rebaja de los salarios y jornales a límites de subsistencia por debajo del mínimo vital. El burocratismo (militarista, falanjoide y administrativo) se opone al crecimiento económico de España, dentro del ritmo de la Comunidad Económica Europea estriba en reducir los salarios del obrero español a 1/3 o 1/4 de lo que ganan en Europa occidental los obreros de su misma especialidad. Para mantener este régimen, es evidente que la burguesía reaccionaria y el militarismo atlántico intentan echar a Franco, pero para seguir con su mismo sistema, un poco más a la izquierda en política y un poco más a la derecha en economía, a fin de que el marco y el dólar puedan desnacionalizar las empresas del grupo INI y controlar las posiciones claves

de la economía nacional. El problema no es derrocar a Franco sino el problema es: ¿Después de Franco... qué?

Mientras la población productiva (industria, agricultura, energía, pesca o productores de bienes) sólo ascienda a 15 % de la población total hispana, no conseguiremos con el esfuerzo propio nacional reponer el capital gastado durante un año, a menos que los obreros y campesinos no consuman nada. Pero si éstos no consumen, ellos, que son el mercado más grande, no hacen falta más industrias, sino menos. Así no podremos salir de la crisis económica estructural que sufre el país, en forma acumulativa, con Austrias, Borbones, liberales, conservadores, republicanos y falangistas. Si el capital gastado en un año no se repone, cuando lo progresivo es invertir más de lo gastado para elevar la productividad del trabajo y disminuir la jornada de labor, estamos ante un caso de biología económica. El régimen económico, que no se reproduce como capital, nulamente, tiene que desaparecer históricamente, por eso, en España siempre estamos atrasados de una revolución de verdad, o más bien de dos revoluciones sociales; una que no hicimos, como Francia, en 1789-95 ni en 1848, para la burguesía; otra, socialista, que debimos hacer en 1936-39, pero que fracasó.

21. — Economía e Historia: Los gastos de la Corona, en la época de los Reyes Católicos, ascendían a 500.000 ducados por año; con los primeros Austrias, a 2.000.000; pues aumentó con ellos notablemente la burocracia. Las provincias de Castilla eran administradas por 60.000 funcionarios de los cuales 15.000 en finanzas y 20.000 oficiales de la Inquisición. Había 10 capitanías generales, muchos corregidores, virreyes y altos funcionarios. El cargo de juez consistía en «eternizar los procesos para negociarlos en provecho de los magistrados», según denuncia Miguel de Cervantes. Se decía que la justicia era una máquina que había que engrasar con dinero, por eso se ha dicho que en España la justicia es cara, lenta y mala. Bajo Austrias y Borbones, las Cortes no representaban nada y los municipios estaban oprimidos. Con el franquismo continúa el mismo régimen de hace cinco siglos, pero con menos libertades populares ahora que en la Edad Media.

Bajo la sangría financiera de la guerra de los Treinta Años, Felipe IV gastó de 1621 a 1643 unos 116 millones de doblones, de los cuales 1/3 para pagar en forma de deuda de la Corona; para salir del paso financiero el rey tuvo que crear el impuesto de las lanzas sobre los nobles; infinidad de impuestos indirectos sobre el consumo popular; el impuesto exorbitante de la alcabala (10 % sobre el valor de las ventas que fue elevado al 14 %); una tasa del 10 % sobre el valor de entrada de las mercancías extranjeras; en fin, la Corona percibía el 40 % de los beneficios de los monopolios de la sal, el tabaco, la pólvora, el mercurio, el chocolate, el plomo, el azufre, la cera, las aguas minerales, etc.. La nobleza y el clero no pagaban ningún impuesto; pagaban los vidrios rotos los que menos ingresos tenían. Castilla pagó en impuestos unos 8 millones de ducados en 1621, contra 188 millones de ducados en 1645 (por impuestos ordinarios) y 509 millones (por impuestos extraordinarios). En estas condiciones, desfavorables económicamente, la industria no prosperaba en España, dejando así sin sostén económico y técnico a las fuerzas armadas, que tenían que haber defendido la posición imperial de España. Hoy

como ayer, el ejército español gasta mucho en burocracia, en sueldos burocráticos, pero casi nada en industria pesada, en energía nuclear, que es lo único que podría defender a España frente al chantaje nuclear británico o yanqui, si nuestro pueblo trata de recuperar su soberanía sobre Gibraltar y sobre las bases aeronavales arrendadas por el franquismo a Estados Unidos, con la venia de las fuerzas armadas.

El ejército, en la época de la estrategia nuclear tiene que hacerse en los laboratorios, en las centrales nucleares, en el estudio de la cibernética, en la balística exterior, en la conducción de grandes empresas industriales apropiadas para la defensa, en llevar a los soldados a ayudar a los agricultores o en hacer centrales, canales de riego, rutas, ferrocarriles y obras públicas. Sólo un ejército de ingenieros y especialistas es ejército moderna; todo lo demás es gendarmería, policía militar al servicio del imperialismo, que le vende sus armas de chatarrería.

22. — Época imperial y comercio exterior: Durante los Austrias, ya en plena decadencia imperial, nuestro comercio exterior había quedado reducido a su mínima expresión. Barcos genoveses, franceses y británicos realizaban el tráfico comercial español con América. En 1620, las importaciones españolas alcanzaron a 26 millones de ducados y las exportaciones a 19 millones (principalmente vino, aceite y sedas. Los comerciantes extranjeros controlaban las 9/10 partes del comercio con las Indias. América era, comercialmente, una colonia mercantil de los extranjeros. La flota mercante española, que se componía de 117 bajeles, en los momentos más florecientes de los Austrias, se redujo a menos de 60. Durante siglo y medio de Imperio de Indias, el comercio alcanzó (incluidos los metales preciosos) a 12.000 millones de ducados; pero, a la hora de la paz de Utrecht, España sólo disponía de 1/12 de su tesoro de Indias. La Guerra de los Treinta Años arrancaba al país 1.000.000 de hombres para la guerra, la emigración a las Indias ascendía a 40.000 personas por año y la población española, que era de 8.200.000 habitantes, descendió a 6.000.000 bajo Carlos II «El Hechizado».

23. — Historia e Iglesia católica en España: En la época de los Austrias había en España 120.000 iglesias y capillas, 200.000 prelados, 12 arzobispados, 54 obispados, miles de canónigos, 9.000 conventos de monjas, 70.000 religiosos, 3.000 monasterios, 10 tribunales de la Inquisición, es decir, con todo, cerca de medio millón de clérigos. ¿Cómo podría así España formar capital para inversión, en industrias, minería, transportes, universidades y agricultura, si la burocracia siempre se llevó la nata del ahorro nacional? Luego de varios siglos, hoy como ayer, todo sigue lo mismo. España no puede prosperar con el clericalismo y el militarismo, que controlan las posiciones claves en el capital y en la tierra, dando al capitalismo español una forma social reaccionaria, más oligárquica que burguesa, con la entrega del país al imperialismo del dólar.

En las Cortes españolas de la época imperial se decía «que los conventos eran asilo de perezosos que la sociedad tenía que alimentar». Los clérigos ascendían al 5,5 % de la población total española. El arzobispo de Toledo, primado de España, contaba con una renta de 300.000 du-

cados, y el resto de los obispos de importancia disfrutaban de un ingreso anual de 40 a 60.000 ducados. En total, el clero costaba al país, anualmente, 1.740.000 ducados, que invertidos en industria, marina mercante, obras públicas y arsenales, hubieran dado a España una posición estratégica dominante durante toda la época del capitalismo. El clero succionó las rentas más nobles de España. El monasterio de San Bernardo de Valladolid disfrutaba de una renta anual por valor de 400.000 ducados. Una quinta parte de la tierra de España, antes de la desamortización de bienes, pertenecía a la Iglesia. El clero castellano sustrata el 10 % del ingreso bruto de la región. Algunos escritores y políticos de la época de los Austrias decían que el clero heredando siempre y no vendiendo nada llegaría a ser dueño de toda la tierra de España. La Iglesia percibía el diezmo (1/10) del valor de las cosechas; tenían inmunidad jurídica; fueron propio las fuerzas armadas; no pagaban impuestos. Hoy como ayer, todo sigue lo mismo, con Franco. El ejército tiene estatuto propio y la Iglesia también; ambos son los dos partidos políticos eternos de España. ¿Hasta cuándo, españoles?

En la época de Torquemada había en América 400 conventos en la Nueva España; en 1521 su número era de 500. Felipe III decía que los conventos ocupaban más terreno en Lima que el resto de la villa. En 1644, la villa de México protestó contra la fundación de nuevos conventos porque acabarían acaparando toda la tierra buena del país. Hacia 1649, en la Nueva España existían 6.000 religiosos, 1 patriarca, 6 arzobispos, 32 obispos, 346 canónigos, dos abadías, 5 capellanías y 840 conventos. Se diría, irónicamente, que todas las conquistas de España en América fueron conquistas para la Iglesia, aun después de la independencia de Iberoamérica.

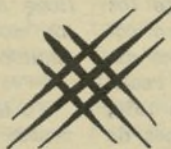
Ante la amplitud de propiedades inmuebles y bienes muebles de la Iglesia, Carlos III expulsó a los jesuitas en 1769, pues la política de este rey liberal era: «defensa del Estado y de la Monarquía, pero no de Roma». Carlos III frenó los tribunales de la Inquisición, que condenaban verbalmente a sabios, filósofos y políticos por sus ideas liberales. Con Carlos III, la Inquisición ya no podía quemar las obras literarias de los hombres progresivos, pero a la muerte de Carlos III, la Inquisición volvió a recuperar su antigua preponderancia. También los jesuitas, que eran los Templarios de España y lo siguen siendo, mientras no encuentren un Felipe el Hermoso, de Francia.

24. — Militarismo e Imperio: Durante el reinado de Felipe II, la fuerza armada de España ascendía a 150.000 soldados. Con Felipe IV los efectivos declinaron a menos de 100.000, mientras Richelieu moviliza 150.000. Las milicias provinciales eran financiadas en España mediante el impuesto de lanzas. En 1610, para financiar una recluta de 6.000 soldados, faltaba dinero. Los mandos militares eran incapaces en el arte de la guerra; la jerarquía se conseguía por derecho propio; los generales nacían ya así del vientre de su madre. Los soldados estaban desarrapados, hambrientos y mal armados, pero aún peor dirigidos.

..

Después de la «Armada Invencible», España había perdido el predominio naval en Europa. En 1630, contábamos 72 galeras y 14 galeones. Durante la Guerra de Treinta Años, España puso en acción 60 bajeles a remo y 70 a vela, con un tonelaje aproximado de 600 a 1.000 toneladas. Los buques de guerra iban equipados con 24 cañones, pero la marina mercante no existía. Así, pues, los extranjeros comenzaron a dominar nuestro comercio ultramarino con las Indias. España no se sirvió de la marina de guerra para apoyar a la marina mercante, sino para gastarla en las guerras de religión, dejando desamparado de comunicaciones marítimas el imperio. España no quería trigo, carne o productos de las Indias, sino oro. Así no necesitaba marina mercante grande. Y

sin comercio, una nación deja de existir, como le sucedió a España ¿Cómo explicarse que los españoles se murieran de hambre bajo los Austrias y los Borbones mientras se tiraba la carne de América por falta de buques de transporte? ¿Cabe mayor desastre económico para una nación. España necesita, por fin, verdaderas soluciones, aunque ahora es más pobre y más pequeña que en la época imperial. Pero no hay país pobre, sino empobrecido, ya que con la ciencia y la técnica todo se puede conseguir. España debe ser una gran potencia nuclear para dar el «gran salto hacia adelante», pero con revolución social libertadora, con socialismo de autogestión de la economía por los trabajadores libres.



Objetivos y acción del sindicalismo

Los objetivos del sindicalismo no se reducen simplemente a la conquista de mejoras económicas y morales, como son aumentos de salario, reducción de jornadas, reglamentación profesional, higiene y seguridad en el trabajo, contratos colectivos, etc., sino que ellos llegan al límite máximo de la oposición al capitalismo y el Estado.

El sindicalismo revolucionario, como instrumento orgánico puesto en manos del proletariado, idealizado y definido por las aportaciones intelectuales y espirituales de los anarquistas, pretende bastarse a sí mismo para liberar a los trabajadores de las inmediatas opresiones de todo género, ya capitalísticas, ya estatales, y para coadyuvar en primera línea a la integral manumisión económico-político-social de la humanidad. A despecho de todo, una recta y clara interpretación del contenido del sindicalismo como entidad y una tenaz práctica de sus postulados básicos, que son todo un tratado de ciencia económico-social, de valoración política y de honda interpretación de la psicología de los pueblos, son bastante para llevar a los escépticos a la comprensión de lo veraz de nuestras afirmaciones.

El salario, el descanso, la ordenación del trabajo, el respeto a la personalidad individual y colectiva de los trabajadores, la salud y la vida de éstos, todo ello se defiende convenientemente, eficazmente, por el sindicalismo, y es el sindicalismo el instrumento adecuado y capaz para suplantarlo con ventaja la acción de los partidos políticos y para desterrar el profesionalismo político.

Cuando hablamos de oposición universal al capitalismo, queremos significar que el trabajo, erigido en derecho social, se basta imperativamente para imponer a aquél todas las garantías de respeto, moralidad y responsabilidad, al proletariado y ante el proletariado y la comunidad social.

Juan PEIRO

El destino de los pueblos ante las élites políticas

por SEVERINO CAMPOS

LAS ciencias sociales van ganando nuevas dimensiones. Entre ellas, de fondo humanista se constata una preocupación que hace notorio su progresivo ascenso. Se intensifica el esfuerzo tendente a valorizar la verdad, y vano sería negar que ésta cada día es más potente y prometedora. Todo confirma que en diferentes campos de estudio se sistematizan las meditaciones para superar al hombre. Esto no desmiente, como es comparable también, la fuerte influencia, en algunos sectores de la vida social, a aceptar los métodos que la ciencia releva como más eficaces. Y si algo vamos independizándonos de los vínculos religiosos, aún es predominante la creencia en que la solución de lo que se persigue radica en los sistemas políticos.

No es tema de reciente aparición. Con la pretensión de resolverlo, en auxilio de tesis diversas se han producido monumentos de literatura. Desde remotos tiempos se están consumiendo muchos ejercicios centales y mucha curiosidad humana. Las buenas intenciones no faltaron, han sido muchas; los aciertos no fueron tantos.

Los métodos para abrir cauces sólidos van hallando su lugar; la ciencia se ofrece como realidad y promesa bienhechora; la orientación de la vida abandona los sacerdocios creyentes, para fomentar la sociedad humana en los baluartes de científicos y de solidaridad. El verbo mágico de las divinidades puso de relieve su inutilidad; ya sólo es patrimonio de mentes embrutecidas por clérigos de toda laya. A ese destino, tras las religiosas tienen el turno las creencias políticas.

Las multitudes, ambición de los adalides impostores, fraccionadas por los distintos verbos del engaño, todavía no hallaron los medios para renunciar a la fe. ¿Permanecerán estancadas? No por cierto. Bastantes elementos de su seno, cuando de analizar y discutir los problemas de la vida se trata, esgrimen recursos de razonamiento tan lógico como

algunos intelectuales encumbra- dos. Enjuician los defectos de la sociedad actual, particularmente su sistema político y económico, con una proyección de vida futura encaminada a compenetrar valores humanos.

¿Las élites, orientan sus esfuerzos y atenciones a esa misión? ¿Rinden culto a la verdad? ¿Son dignas de alguna esperanza? ¿Hay en ellas alguna base moral para verídicas y justas soluciones? La historia les niega esas virtudes. El aliento que infundieron en los movimientos populares se extinguió al cubrir objetivos de dominio; llegados ahí se divorciaron del espíritu que les impulsó a las justas reivindicaciones. El infortunio de los pueblos se ha reducido sólo en la proporción que éstos directamente pudieron resolver sus problemas.

Tanto los jerarcas más encumbrados en los gobiernos férreos — militares, religiosos y civiles —, como los más modestos apóstoles de la enseñanza, justificaron, y siguen justificando su función en aras a mejorar la suerte del hombre. A unos y a a otros, en estos momentos, la ciencia y la ética les replica y les aconseja; cada una de éstas mantiene su personalidad; a dis-

posición de la humanidad tienen sus recursos; sólo del ser humano dependen los usos y los resultados.

¿Qué vías son las más fecundas para lograr metas tan sublimes como son las de ver al individuo libre y feliz? Ya abundan los factores capaces de influir. La psicología es un campo de estudio con recursos auxiliares para valiosos descubrimientos en la naturaleza humana. Las élites representantes del presente mundo social nunca tuvieron interés en profundizar investigaciones tan provechosas; con el fin de conservar sus creencias, privilegios económicos, jerarquías políticas y militares, se esfuerzan en mantener al hombre con las mismas características que hoy le vemos.

LOGRAR el tipo humano con consciencia de su valor social, con aprecio a su vida y a la de sus semejantes, no es competencia de la didáctica oficial; ésta toda es convencional; cultiva al individuo para hacerlo creyente y obediente; el espíritu de amplia libertad no reza en ese catecismo. Los métodos hasta hoy practicados no fueron fructuosos; por lo menos no lo han sido en la medida que la

humanidad se inquieta por ser dichosa.

El antagonismo entre el espíritu opresor y el de independencia no concede sosiego a nadie; por este mismo estado general, ni la mente adquiere su plenitud de potencia y lucidez, ni las energías físicas rinden lo que podrían en estado normal. Se hace indispensable un cambio en la orientación. Aceptar los métodos que modifiquen la actual formación del hombre, fomentando en éste virtudes idóneas de sociabilidad, es paso primordial e ineludible.

La lenta superación de los pueblos es una corriente que termina rompiendo los diques que se le anteponen. Que las élites no cifren esperanzas de dominio eterno; por elevados que edifiquen sus pedestales no escaparán a su derrumbe por la fuerza popular. Esto, por sí, indica la imperiosa necesidad de abrir vías a nuevas experiencias, particularmente en aquellas donde la ética y la ciencia ocupen lugar predilecto.

Si fines sociales tan elevados como son esas ambiciones requieren el conocimiento y dominio del medio natural, se hace más necesario saber qué factores hay en la formación del hombre que dificulten lograr la dicha buscada y no hallada. La incompatibilidades con ese fin no son fundamentalmente económicas. También aquí puede localizarse uno de los monumentales errores del materialismo histórico. De resistencia superior median otras causas que solamente la educación puede desplazar, y aportar sustituyentes de valor constructivo.

Tampoco en esta obra de transformación superadora tienen base las élites de agitación política; en éstas todo es efímero, sin seriedad ideológica, carente de moral solidaria; lo que unas construyen otras lo destruyen; y a veces, destruir hoy lo que ayer reconstruyeron, es realidad comprobable en próceres que se iniciaron en inspiraciones elocuentes de reivindicación social. No son raros estos contrastes; en política se negará mañana lo que se afirma hoy.

Filósofos de épocas remotas ya agitaron sus mentes, influenciadas por sentimientos tan fraternales como el pretender una humanidad hermanada. Voces aisladas, sin organización de ideas afines, desde luego, pero que no dejaron de tener su repercusión histórica. Aportaciones de poca significación del mundo superior que anhelan las personas de mejor condición.

Con la convicción de que a todos favorece una mayor libertad, y un superior grado de responsabilidad individual, se han librado de repercusión universal. Fueron avatares donde no todos los luchadores hallaron destino feliz. Como testimonio de generosidad, de valores prodigiosos que en futuras épocas abundarán, en esas batallas perecieron los más dignos representantes de los méritos humanos.

Sin embargo, esos desenlaces no pueden considerarse como pérdida completa de lo que se estima componente superior de los hombres. Siempre queda algo que se lega al porvenir: Un rescoldo que propaga el fuego; una llamita que prende y vigoriza, la luz de la antorcha que ilumina los caminos de la superación. El calor de esos ejercicios, que es el fuego sagrado del ascenso social, se lega de unas a otras generaciones; vive en los recuerdos, en las narraciones históricas, en las artes, en la filosofía.

POCO se pierde de lo que tiene valor y potencia para fecundar futuras etapas de esplendor libertario; el intelecto científico y la generosidad moral del hombre tienen un destino común: Valorizar y libertar al género humano. Es la misión suprema de nuestra vida. Y una aportación tras otra, auxiliados por la luz de los concursantes más generosos, se va cimentando el terreno, a donde se sumarán otras conquistas, que darán forma y práctica a la utopía que para muchas gentes fue objeto de burla.

No olvidemos que este fenómeno tiene presencia permanente; es contemporáneo de todas las épocas, de todos los hombres y de todos los pueblos; es el que

lentamente labra para la humanidad el mejor destino. No es desacierto decir que opuesto a esta magnífica obra sólo hay la ignorancia; pero hay que propagar, paladinamente, que ésta queda localizada, en su aspecto más violento y peligroso, en las élites militares, religiosas y políticas.

Lo dicho tiene en su favor testimonios bien comprobados y comprobables. Por eso, cuando se piense formar áreas específicas de combate manumisor, de pensamiento y acción, con fines de elevación moral, hay que tener en frente, o a larga distancia, las castas acreditadas como potencias destructoras. Todo nos conculca tenerlo en cuenta; en tanto que entes sociales sufrimos los efectos de todos los movimientos de opinión. Y por ser los tres sectores aludidos quienes con mayor violencia flagelan a la humanidad, la conclusión no puede ser otra que inutilizarlos, con el fin de reducir obstáculos al destino libre del hombre.

En la política de proyección gubernamental se esgrime la dialéctica más insulsa y nefasta; arrastrados por esa corriente, los humildes nada pueden resolver en su favor. El verbo de sus apologistas siempre se eleva saturado de vanidad; son aspiraciones que en todo momento enardecen y embriagan, hasta hacer perder la noción de lo que se es capaz.

La meta triunfal de esas campañas dispone de una fuerza voraz que a todos funde y confunde en única misión: la razón de Estado y su necesidad de existir. Ahí se estrellará la voluntad de los pueblos que por ese conducto quieren redimirse. La mentalidad y la ética de las élites no pueden ofrecer otra solución.

¿Y los pueblos no pueden lograr otra suerte? El hombre es producto de su cultivo intelectual y de su práctica social; en su madurez resume y exterioriza las influencias que más han pesado en su formación. Lo cual indica que el destino de las colectividades humanas no es resultado fortuito.

Si la libertad y la paz son los dos elementos básicos de la normalidad social, los generadores e

impulsores de la prosperidad benéfactora, en todos los sentidos, para lograrlo sólo queda un medio de dos aspectos compatibles: Afirmación de la tendencia libertaria y negación de los métodos de dominio.

Sería ceguera inadmisibles desconocer que algunas personas, incorporadas a las élites de tendencia negativa, se iniciaron con buenas intenciones. Esas virtudes se pierden en el bregar de las

batallas políticas. Por lo demás, a las alturas históricas que vivimos no puede conformarnos la inspiración inicial; llegó el momento en que hay que movilizar la inteligencia y los sentimientos según causas y efectos comprobados.

Las leyes del determinismo autoritario siempre demostraron, hasta la saciedad, sus resultados incontrovertibles. Las élites que pugnan por el dominio, orientan-

do a los pueblos bajo el peso de la autoridad, no importa cómo la adjetiven, en la imagen del presente pueden ver el futuro próximo o remoto. El axioma no admite mixtificación: Por las vías autoritarias, más allá de la autoridad que se sufre siempre hay libertad; por los senderos de la libertad, más allá de la que se goza siempre hay libertad.

Severino CAMPOS

El hombre y la sociedad

UNA base: el individuo. Un resultado: la sociedad. Un procedimiento: el respeto recíproco. Y más que el respeto, el apoyo mutuo.

Tales son las preocupaciones de los trabajadores confederales. No otra es su idea esencial, su fundamento y razón de ser.

Que el individuo sea hombre y no lobo. Que su civismo llegue a tal grado moral y ético que rinda inútil la idea misma de la autoridad, que cada ente sea una conciencia en marcha.

Hacer de la sociedad una hermandad completa, sin jerarquías, sin privilegios, sin amos. Una sociedad en donde todo sea de todos. En donde cada uno disponga de lo necesario, en donde la idea de monopolio, de acaparamiento y coacción haya desaparecido.

Y, con ese individuo y esta sociedad hacer de la Tierra un vergel.

Las violencias que los trabajadores de la C. N. T. han ejercido ocasionalmente, todas han sido forzadas. Que se sepa bien y que se grite bien alto: no acariciamos la menor violencia. Somos por temperamento y educación enemigos de todas las crueldades. Tenemos un ideal: El del Bien, de lo Bello, de lo Bueno. Por él y para él trabajamos, sentimos y luchamos desde que nos organizamos en Confederación hasta nuestros días.

Nuestro ideal es, pues, de paz. Mas no renunciamos a la fuerza organizada cuando el enemigo nos ataca violentamente.

Trabajador: reflexiona. Tú debes hacer lo mismo. Este y no otro ha de ser tu ideal y tu conducta. No basta con ser laborioso, honrado y leal; además de esas cualidades, de otra te has de impregnar, no menos indispensable: la del sentido de organización. ¡Organización! Esta es la piedra angular para asegurar el bienestar moral y económico de todo ser humano. En codo con codo fraterno y solidario, nadie podrá contra tí y tú podrás acabar con la sociedad actual, causante de la corrupción y la injusticia.

CONFIDENCIAS

por J. GUERRERO LUCAS

DOMINGO grisáceo y triste. Fecha anónima de exilio. Una exigencia en mi mesa, y un propósito en mi mente: no defraudar a la imprenta. Imperativo enojoso. Hoy mi espíritu está ausente, un poco desamparado, soñador, también un poco. Fervor o desesperanza? Mezcla de ambos, me parece. Contradicción natural y complicada del sentir con fuerza lo inaccesible Ausencia dolida, digo, tan perceptible en el seno de la multitud desértica que ciñe todo destierro. ¿No es acaso suficiente el dibujo de mi aislamiento? Es daño privilegiado, fruto de la ligazón carnal con lo que es más nuestro: costumbres, color local, lengua, origen, sentimientos... Patria chica salpicada del simbolismo gigante propio a las pequeñas cosas: Cuanto la ferocidad fascista nos ha robado.

Domingo, triste y grisáceo, todo de recogimiento. Otros se agitan afuera. Me alcanzan músicas vanas. Voces que no me conmueven. El paisaje siempre mudo, poblado de indiferencias, pregona mi desarraigo. ¡Qué sensible es el vacío! ¡Qué impersonal el ambiente! Ya sé: mi patria es el mundo. ¿Quién se ofuscará si grito lo claro que me aparece que no es esta mi existencia? Fatalidad del reposo: La pelea es un refugio, un abrigo subconsciente al trasplante desgarrador de que se nos hace víctimas. En el fragor del combate las nostalgias enmudecen. Hoy, el instinto de lucha me suplica un alto el fuego; una fugaz deserción: Consecuencia de una tarde llorosa e inexpresiva que pide, como un mendigo, una limosna de sol. Yo sé que hay domingos hechos de bruma enternecedora, de quietudes perfumadas.

Pensar. Búsqueda en sí mismo. Imágenes reanimadas. Devastadoras presencias en el mimo del recuerdo. Breve retorno a un ayer denso, repleto de vida caliente como las tierras y los jóvenes de España. Es que mi vieja mentira de olvido ahora no me engaña. Hoy no es de denuncia airada, de acusación machacona, de ataques vindicativos ni legítimas defensas. Hoy no es de guerra acerrada. No es tiempo de proclamar

ni aún las razones masivas que hacen nuestra subsistencia. Solead. Dulce añoranza. Placer de la evocación, con su bagaje imborrable de pasión, de duelos íntimos y anhelantes impaciencias. Quiero contarme a mí mismo. Contarse es ya una revancha del abandono presente.

Simple rememoración de correrías juveniles que ejercen un atractivo con gustillo familiar de libro apenas deshojado. Cercana es mi adolescencia madrileña, balbuceo venido a juventud hecha sin siquiera apercibirme. Aperturas, entusiasmos, excitadas descubiertas... poco o nada original. Un dato preponderante: mi afición por los idiomas. Las lenguas son un vehículo incomparable de contacto y fraternal acercamiento. Con ellas abrí la práctica de un proceder solidario en que el problema personal es pronto obsesión común. Yo sé de la gravedad que encierran las pequenezes: cacería organizada tras la habitación modesta; prospección del restaurante algo bohemio susceptible de alojar nuestros ardores. Amigos, muchos amigos extranjeros acudidos de los puntos más diversos con el afán indeciso de conocernos, de amarnos. Conocer y amar a España, lo español, hombres y suelo. ¡Programa de exaltación que tantos hemos compartido! Exu-

berancias mentales ignorantes del carácter de eternos impecuniosos que nos identificaba tanto como la ambición de lograr ahondarlo todo.

Las gentes, las viejas piedras... Sociedad cosmopolita y pueblecillos calcinados perdidos por las trastiendas de silencios minerales. Transitar del «guide-bleu» con la edad de las estatuas al floklórico universo de la taberna castiza, engranaje democrático de un humanismo de base a función comunicativa que ha erigido el mostrador, la terraza, la vía pública, en célula principal de su sociabilidad. Inestimable aventura cubierta, para empezar, por senderos normativos: Curso de Estudios Hispánicos. Libro «Habla y Vida de España». Los profesores Catena y Saavedra hacen un compendio forzosamente incompleto de nuestra literatura de raíz: Mío Cid. Las Dueñas... Luego, paulatinamente, progresión dosificada, surgen los altos valores de nuestra riqueza clásica: Drama y romance hechos sueño:

...pues cuando es muerte el beber beben más, y desta suerte, viendo que el ver me da muerte, me estoy muriendo por ver...

Como un sublime acertijo que habíamos de descifrar paladean-

do sus contrastes, hasta ese caballeresco final que es una explosión de sentimiento irrazonado, a la vez reto y entrega, provocación y suicidio:

...pero véate yo y muera,
que no sé, rendido ya,
si el verte muerte me da,
el no verte qué me diera...

Complejidad estelar resaltando en los apuntes de rebeldía inconcreta: «¿Y yo, con más albedrio, tengo menos libertad?...

Luminarias madrileñas. Insigne poesía dramática en Calderón. Lope de Vega — fecundidad asombrosa — en *El Perro del Hortelano* y *Fuenteovejuna*, entre tantas. Y el inmortal Don Quijote. Manifestación del genio paradjico español a vocación universal que va impresionando siglos. Quevedo, sátira alegre y filosóficos sonetos. ¡Qué grato recuerdo guardo de aquellas tardes de curso en la Facultad en los que a fin de cuentas no era más que una especie de participante espontáneo! No eran lecciones comunes. Planeaba la consciencia de ir entrando en el secreto de algo demasiado grande. Algo indefinible y bello. Y era de ver la atención, el interés apasionado de aquellos grupos de jóvenes extranjeros, fascinados por el fondo y la cadencia de una lengua que muchos aún no entendían. Todo sensibilidad erizada y vigilante. Como un nexo espiritual que suplantara con creces la imposible nitidez oratoria. Gustábamos de interpretar entre nosotros, de nuevo, los autores estudiados, en discusiones nocturnas que nos llevaban al alba más testarudos que nunca. Enjuiciábamos las obras, cediendo a la tentación de inventarles ocultos significados. En ocasiones, la argumentación degeneraba en ejercicio divertido: la construcción castellana permitía giros de frase a veces intraducibles.

El invierno renovaba la tradición donjuanesca, que he seguido, año tras año, con fidelidad casi religiosa y un placer inextinguible, como si cada audición hubiese sido la primera. Las bravatas algo tontas del seductor insaciable, la persuasiva socarro-

nería de Brigida y hasta las cursilerías de Inés, con su aureola rancia de velos apolillados, me gustaban, y me gustan: lo confieso sin rubor.

— ¿Dónde vais, Comendador?
— ¡Imbécil, tras de mi honor
que os roban a vos de aquí!

Zorrilla. Luego Espronceda con sus odas pasionales, el poeta de Almendralejo muerto prematuramente. ¿Cómo callar *El Criterio*, que confieso haber abierto en pos de verdades hechas y cuya primera lectura me dejó un claro sabor de confianza defraudada? La vida misma, más tarde, nos mostró las excelencias de su pedagogía práctica, fundada en los avatares del devenir cotidiano.

Campoamor nos encantaba:

— El beso aquel que de marchar a punto — te di... ¿Cómo sabéis? —
Cuando se va y se viene y se está
junto — siempre... No os afrentéis.

Personalidad arrolladora de la generación dieciochesca de impeccedera gloria e influencia contemporánea. Blasco Ibáñez, consistencia de adagios elementales: El agua es liberación. Blasco, pintor no de insípidas divagaciones celestes sino de verdades crudas, único verbo hecho carne, voz grandiosa o miserable: Pan veraz de cada día del destino colectivo. Blasco creador, resistente, esteta y comprometido. Tras él, con él, en él mismo, las ricas frondosidades de su vergel valenciano, retratadas en su prosa con alta fidelidad y emocionado lirismo, expresión de lujuriantes añoranzas del terruño. Valle-Inclán, el forjador indomable del idioma. En humor, Fernández Flórez, crónicas parlamentarias de Un Hombre de Buena Fe (?): Vapuleos despiadados bajo el engañoso auspicio de un ruralismo bonachón. Ortega y Gasset, bosquejo de geometría palpitante que muy bien pudiera ser púdica declaración de cariño a la Meseta:

— La vertical es el chopo y la horizontal el galgo.

— ¿Y la curva? — Con gesto de dignidad ofendida: — ¡Caballero, en Castilla no hay curvas!

Con Unamuno o Machado, acceso a una lucidez amarga de compasión y amor inmenso de España. Amor acendrado, loco, porque España «no nos gusta». España, que nos han puesto «pobre, escualida y beoda». ¡Sobrecogedor mea culpa! Cóleras de enamorado que culminan en el fuego de la posesión viril, exclusiva, de lo amado: ¿«Ellos»? la creación entera. Un desdén monumental. Presagios; ruego imperioso en arrogancias de ultratumba,

«¡Yunque, sonad! ¡Enmudeced, campanas!

Y el vaticinio de espera en esa juventud eterna, flor de un pasado «macizo» que no puede defraudarnos.

Miguel Hernández, esposo cantor del acto más íntimo, elevado en su poesía a dignidad insospechada:

He poblado tu vientre de amor y sementera

...
Tus pechos locos vienen hacia mí,
dando saltos.

...
He llegado hasta el fondo...

Con García Lorca, un fenómeno de comprensión subterránea:

«Duerme, vuela, reposa: ¡También se muere el mar!»

Estrofas que nos sumían en éxtasis prolongados. Casi siempre bulliciosa, la salida era esos días anormalmente pacífica. Mas no todo eran teorías, que teníamos la virtud de acompañar con el trato caluroso de la calle. Tertulias, cine de ensayo, y hasta arriesgadas reuniones en las que ya se anunciaba el carácter inconformista que ha marcado, para algunos, nuestro posterior vivir. Incontables escapadas a lomos de varias Vespas y un viejo «cuatro-caballos» que eran medio de evasión hacia los picachos visibles en el límpido horizonte del Nor-oeste madrileño.

Se halla la Universitaria en una especie de altozano, con relación a las vías de huida hacia la montaña. Diríase un balcón enorme con las peanas verdosas que alcanzan Puerta de Hierro. Por un lado, la gran urbe, toda ajetreo mundano. Por el otro, una barrera natural en que las calles, perfectamente trazadas, morían cortadas a pico. En el frío lacerante del invierno madrileño podíamos seguir las nubes formando mapas extraños de países imposibles. Y en los días claros, la Sierra nos sonaba a invitación difícilmente desoída. Las Dehesas de Cercedilla son un remanso de paz surcado por mil riachuelos. El rumor de los insectos se funde con los murmullos fantasmales de las frondas. ¡Cuántas horas de amistad, de intercambios encendidos, en aquellas arboledas repletas de resonancias!

¡Oh, sí!, llevad, amigos, su cuerpo a la montaña, — a los azules montes del ancho Guadarrama. — Allí hay barrancos hondos — de pinos verdes donde el viento canta. — Allí el Maestro un día — soñaba un nuevo florecer de España...

El Escorial, desviación siniestra del itinerario. Sitio real que despreciábamos, prefiriéndole Aranjuez, la Casa del Labrador y su inocente exploración fluvial por las mansedumbres del Tajo domesticado. Visita a Alcalá de Henares: Arcos, fachadas adus-

tas. Escenario de Cisneros, inquisidor de Castilla y cuna del gran Cervantes. También, ya más raramente, penetración en La Mancha: Villa Manrique, Toboso y el Moral de Calatrava,

Nuestras vidas son los ríos — que van a dar a la mar, que es el morir... — Allí los ríos caudales, — allí los otros medianos, é más chicos. — Allegados son iguales, — los que viven por sus manos, é los ricos.

No me atrevo ni a aludir a nuestras «gestas» juveniles en la propia capital. Sería un relato muy largo y hasta un tanto complicado de un Madrid trasnochador que supo de nuestra fiebre de existir intensamente, como si la vida hubiera de acabarse a cada instante. Hay, en mitad de Preciados, en pleno escándalo céntrico un callejoncito oscuro, corto, casi clandestino, y un bar, en cuyo subsuelo de aspecto conspirador regábamos de Moriles coplas y versos, brindados al «arma d'Andalusia» por amigos contertulios que aullaban, a su manera, las patéticas nostalgias de su Córdoba lejana. Y un mesón, detrás del cine San Miguel, por Cuchilleros... Por la Gran Vía bajábamos hasta la plaza de España, adivinando, tras los árboles, el perfil de Rocinante y su aparente indiferencia al diálogo del Hidalgo Ingenioso con su escudero. Vuelta por Bailén, costeanado casi la plaza de Oriente con las formas impasibles de

tanto monarca inútil, unido al decir simpático de otros brotes palaciegos:

...No llevan ni un perro chico: ¡Apuro de la azafata! — ¡Ya te pagaré otro día! ¿Pagarme? ¡Está convidada! — Yo estoy pagao nada más con verla a usted en mi casa — y con poner un letrero: PRO-VE-E-DOR de la Infanta...

...Y un chavea, un raterillo, con la colilla apagada, por calle de Arrieta arriba gritaba: ¡He visto a La Chata!

¡Revisión embriagadora! ¿Qué extraño, pues, que, ayudado por la infranqueable distancia, caiga en la idealización de ciertos hechos anodinos; de una ingenuidad perdida, de un período de inconsciencias y exaltación permanente, de lugares que hoy ostentan, por obra de la anti-España, el atractivo insolente de toda fruta prohibida? Recuerdos con movedores que incluso en visión volandera nos enlazan, confundiéndonos en abrazo apasionado, con la vieja tierra herida que llevamos tan adentro cuantos hemos aprendido, por este exilio sin límites, que privada del fulgor caudal de nuestro saber, amputada de una España libre y dueña de sí misma, la anchura toda del mundo es sólo incómoda estrechez, sólo humanismo tronchado y desolaciones morales...

¡No cesaremos, jamás, de exigir reparación!

SUPERARSE ES RENOVARSE

No confundamos la tolerancia y la compasión con la complacencia y la complicidad. No confundamos el respeto a la ajena conducta con la aceptación de ésta, si nos repugna, por amor a aquel respeto. No creamos jamás que el que piensa bajunamente es digno de imitación por el hecho de que se llame amigo nuestro y a veces nos ayude. La mentira, la doblez, la astucia solapada, la chulonería, la imposición, la deslealtad, la vanidad, empleadas, y las hemos visto practicar como medios de lucha, no serán jamás cualidades superiores, si no bajezas que nos ponen al mismo nivel moral de la burguesía decadente que queremos derribar.

No tengo la ridícula pretensión de escribir el manual del perfecto compañero, porque no he olvidado que el hombre no debe erigirse en juez del hombre y condenarle en consecuencia. Pero tampoco he olvidado que si pretendemos condenar la actual sociedad a que pase a la historia barrida por una revolución, los componentes individuales que quieren imprimir una dirección a ésta tienen el deber moral e intelectual de ser superiores a los hombres defectuosos del presente.

Superarse es renovarse, y renovarse es transformar el mundo. ¿Queremos esto o lo otro? Se impone un deslinde de campos intelectuales y de campos morales. No todo es uno y lo mismo para nuestra revolución.

José PRAT

ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO

CON «FRANCO,

ESE HOMBRE»

Asesinato de Miguel de Unamuno

(Continuación)

Al cumplirse el primer centenario del nacimiento de Miguel de Unamuno, en 1964, lo celebramos hablando sobre su conducta ejemplar, humanísima, que observó bajo la tiranía franquista, comparándola con la de Jacinto Benavente que descendió a un nivel muy inferior al de vil esclavo al ponerse al servicio del franquismo hasta el fin de sus días.

Hoy, invitado, otra vez, a hablar sobre la vida del ex-rector de la Universidad de Salamanca lo haré, de todo corazón, pese a no ser orador ni escritor, ni contar con la talla intelectual que quisiera haber alcanzado para poder tratar el caso Miguel de Unamuno con la profundidad y la amplitud que merece. Pero ya que oradores de enjundia, que dominan el arte de la elocuencia, y literatos que muy bruñida literatura saben hacer no lo hacen, diciendo toda la verdad sobre la vida y la «muerte» del genial filósofo vasco, lo hará el que les habla con lenguaje del pueblo, llano y sin cortapisas. Expresaré lo que conozco y siento, que vivi en España, del modo, seguramente, que no lo han dicho ni lo dirán los tribunos estadistas más relevantes y los escritores de «oficio» entregados al comercialismo, de ideas y sentimientos, y a una cualesquiera política de la época, por superiormente que dominen y sepan usar, más que el que en esta hora les dirige la palabra, todos los elementos estéticos del idioma castellano.

Desmentiré llamados triunfos militares y políticos «personales» de «Franco, Ese Hombre», y hablaré del ambiente que rodeó a Miguel de Unamuno antes, durante y después del 18 de julio de 1936, del campo de influencias exógenas y endógenas que intervinieron en la evolución de sus sanas reacciones psíquicas, mentales y morales que culminó en la formación definitiva de su personalidad quijotesca; pero por estar exhibiéndose, en todos los cines de España el largo documental titulado «Franco, Ese Hombre», voy a referirme, en particular, a lo menos conocido, o poco tenido en cuenta ya, en nuestros días, y que es, a mi entender, más actual o más necesario que actualicemos: a su «muerte» ocurrida en Salamanca «causada por enfermedad del corazón», según afirmó el franquismo en 1936 y «por propia mano suicida» años después.

En presencia de éstas y otras contradicciones que revelan temores del régimen franquista se descubra de qué y cómo «falleció» Unamuno, he decidido ex-

por Floreal Ocaña

poner ante ustedes que, para mí, en estos momentos, representan a la Humanidad, por qué tengo la seguridad que fue asesinado. No les extrañe, pues, que perore dirigiéndome al mundo todo. Por otra parte están en libertad de intervenir haciendo las preguntas que crean conveniente.

Y seguiré hablando en plural en nombre de los humanistas libertarios que coincidimos al respecto; del número incalculable de mujeres y hombres, con y sin hijos, que fueron torturados, mutilados y asesinados, estando inermes, por el llamado «Movimiento Nacional» fascista o de los centenares de miles de antifranquistas que lucharon contra dicho movimiento medieval y de los españoles que en el interior de la España del Quijote siguen, en el presente, sin poder expresar, en alta voz, públicamente, todos sus sentires y pensares.

La película del «generalísimo» de la anti-España

Lo decimos sin ambages: «Franco, Ese hombre», pese a cuán mediocre y pequeño es, como grande resulta su maldad, representa, hoy todavía, a la anti-España que se ha atrevido a biografiarlo, una vez más, pero por medio de una película, endiosándolo, seguramente, con dinero arrebatado al pueblo español. Y parece que lo presentan en lugar militar tan «alto» como el «bajo» Napoleón se comportó con el pueblo francés.

En efecto, el 2 de junio de 1964 en los diarios de México leímos la siguiente noticia publicada en Madrid el 30 de mayo, tres días antes: «El ex-actor Mario Ozores, con la supervisión del director José Luis Saenz de Heredia, realizó un documental de largo metraje titulado «Franco, Ese Hombre», que constituye una semblanza gráfica de los principales episodios de la vida del jefe del Estado español.»

«Mediante una autorización especial las cámaras han entrado por primera vez en la residencia estival de Franco, en «Pazo de Meirás». Otras secuencias se obtuvieron a bordo del yate particular del caudillo «Azor». El guión es original del escritor José María Sánchez Silva y fue corregido personalmente por el generalísimo Franco.»

Transcurrieron cinco meses y días... El 11 de noviembre de 1964, la película consagrada a conmemorar los «25 años de paz española» fue proyecta-

da en el «Palacio de la Música» el cine más lujoso de Madrid.

Si el enano de El Pardo no lo ha rectificado y el título del documental sigue escrito tal como lo anunciaron y publicaron, repetidamente, en la prensa nacional y en la internacional, a los espectadores y a los lectores avisados debió — y les debe — bastar leerlo para saber unos y confirmar otros qué clase de sujeto ridículo es el dictador de España.

Y ahora donde no penetraron las cámaras «oficiales»: en la intimidad de tal taimado, cruel e inhumano personaje, en su mundo subjetivo, penetramos nosotros «sin permiso personal y oficial», aunque nos repugna grandemente el hacerlo, y por mucho que lo sienta aquél, sin poder impedirlo, pese a todas las fuerzas mercenarias que lo rodean.

El llamado por sus secuaces «Generalísimo Franco» que corrigió, «personalmente», el guión de su película, lo primero que tuvo que hacer, forzosamente, al hacer las correcciones, por ser lo primero que vio, fue el título. En otros casos, por deberse a los efectos de la psicología comercial, no tendría importancia, pero en el de el enano de El Pardo sí la tiene: descubrimos que su pequeñez superlativa, de todas las clases y grados, intenta engrandecerla, ficticiamente, consiguiendo sólo proyectar, una vez más, su mezquina, anormal y vanidosa psicología. En efecto, comprobamos, con el título, que trata de compensar, desde el principio del documental, todas sus extremas carencias normales afectivas, sensibles y morales, su notoria y ya incultable chatez psíquica y mental, lo infimo de todo su ser haciendo colocar letras mayúsculas delante de cada una de las palabras que a él se refieren o siguen a su primer apellido fatídico: «Franco, Ese Hombre».

¡Titulazo para el más insignificante y ruin de los sujetos, o gran déspota, con el que no puede, por más que se lo proponga y se esfuerce, aparentar siquiera grandeza en ningún buen sentido de la vida personal y social!

Franco quiso intervenir, totalmente, en la segunda guerra mundial

Ignoramos si será exhibida en México la película «Franco, ese hombre», que se dedica a sí mismo el grotesco y petulante socio de Hitler, de Mussolini, de Salazar, dictador de Portugal, y, del Estado Vaticano, a los que debe, particularmente, haber podido derrotar al pueblo español. Pero si sabemos, entre otras cosas, que expondremos en esta charla, algo que no harán constar en el documental: que el biografiado obtuvo el poder no gracias a su «genio» militar y político sino a los precitados dictadores con la complicidad de los Estados democráticos que permitieron y favorecieron que lo ayudaran con todas sus fuerzas. Y prosigue en el poder gracias al Tío Sam y a la dictadura rusa, con sus respectivos Estados satélites que consintieron también, en 1945, al terminar la segunda guerra mundial, que el socio totalitario de Hitler,

«Franco, ese hombre», continuara siendo verdugo del pueblo español, el dictador de España, con todas las cualidades destructivas y letales, negativas, monstruosas, de extrema crueldad, que caracterizan al nazismo, contra las que las llamadas «democracias» decían haber luchado.

¡Cuán ruin, hipócrita, mentirosa y perjudicial para el progreso social-humanitario de los individuos y de los pueblos es la política de todas las clases y de todos los colores!

Miente «Franco, ese hombre» pequeño, inferior, deshumanizado, cada vez que dice, revelando su cobardía y su bellaquería, que él — ¡pobre pizca de hombre! — mantener a España neutral en el conflicto bélico de los años 1939-45. ¡Y lo ha repetido cientos de veces durante más de cuatro lustros como tratando de acabar creyendo él mismo su propia mentira como verdad y hacerlo creer a todo el mundo, particularmente a los españoles!

Expone las características psicológicas del miedoso y del cobarde al ser sólo capaz de hacer cometer asesinatos individuales y colectivos, por manos mercenarias, de hombres enteros, buenos; y no tiene el valor de sostener, públicamente, lo que todo el mundo avisado sabe: que se solidarizó con el nazismo moral y materialmente.

Habiendo México declarado la guerra a Hitler, colocándose como beligerante — hasta cierto punto simbólicamente — al lado de los ejércitos de los Estados «democráticos» sólo intervino con el escuadrón 201 de aviación. Sin embargo — ¡vaya paradoja! — la anti-España que por boca de «Franco, ese hombre», proclama que fue neutral, envió en ayuda de Hitler, la División Azul, formada por miles y miles de soldados, con sus oficiales. Y todo el mundo sabe que los 3.144 kilómetros de costas hispanas; las Canarias con sus siete islas e isletas, en el Océano Atlántico; las Baleares con sus catorce islas habitadas y las isletas en el mar Mediterráneo, como asimismo las posesiones españolas en el norte del continente africano con las islas e islotes frente a las costas del mismo, posiciones todas extraordinariamente estratégicas, las utilizaba el militarismo nazi como bases de sus submarinos, etcétera. Además todo el territorio hispano, el peninsular, lo puso a la disposición incondicional del hitlerismo y del fascismo italiano, que lo utilizaron también para innumerables servicios bélicos, como hoy, el mismo «Franco, ese hombre», lo deja en manos de uno de sus vencedores: del Tío Sam.

A Hitler le convenía el efectivo uso militar de costas y territorios de España — oficialmente neutral y a salvo, por lo tanto, de ataques de las «democracias» por aire, mar y tierra —, de sus colonias en África y de sus islas numerosas en varios mares, que el de soldados españoles movilizadas a la fuerza por «Franco, ese hombre». Este bien sabía que no lucharían con fe por la causa del dictador alemán y menos después de haber estado media España combatiendo, desde el 18 de julio de 1936, durante treinta y tres meses, contra las fuerzas de aquél y las fasciofranquistas que pudieron sorprender y someter a la otra mitad del pueblo español en las primeras horas que se alzaron.

Al fin de marzo de 1939 terminó la lucha armada en España, al caer Madrid, con un millón de muertos, con centenares de miles de heridos y mutilados y con la economía destrozada por la destrucción terrible que desde la precitada fecha juliana provocó la anti-España al alzarse con las armas que, torpemente, había dejado en su poder el gobierno de la República Española.

Aparte de que el pueblo español en circunstancias políticas y sociales más o menos normales no habría hecho la guerra en favor de Hitler — ni de las «democracias» —, la segunda guerra mundial comenzó apenas pasaron cinco meses que sufrió la propia.

Fue tan corto el tiempo transcurrido entre el fin de nuestra lucha en territorio hispano, por el triunfo de la revolución social — que los libertarios iniciamos, con éxito, en algunas regiones de España — y el principio de la guerra de 1939-45 que «Franco, ese hombre», no pudo siquiera hacer el intento de arrastrar a la vorágine bélica internacional la España que había desangrado con la decisiva colaboración hitleriano-fascista, y que siguió desangrando por las heridas que continuó haciéndole en todos sus costados. Pero si hizo cuanto pudo en favor de los dictadores de Alemania e Italia que tanto hicieron porque él triunfara. «Franco, ese hombre» los ayudó en la medida de sus posibilidades y brindaba, con desvergüenza inaudita, públicamente, por la victoria de aquéllos y del Japón militarista que creía segurísima.

El enano de El Pardo, de haber podido, nada le habría importado, poniendo a salvo su cobarde cuerpo maligno, sacrificar uno o más millones de vidas españolas para participar de los beneficios del triunfo militar que bien seguro estaba iba a lograr Hitler, como lo creyó también, firmemente, Mussolini. Gran error de éste que causó su pérdida y el derrumbe de la dictadura fascista de Italia, que se había envalentonado por haber, en 1934, invadido Etiopía y derrotado, sufriendo pocas bajas, a las fuerzas del Negus, que sólo contaban con lanzas, arcos y flechas y unas pocas armas de fuego.

¿Acaso le importa a tal enano poner, en el presente, en peligro horrendo las vidas de todos los españoles, hasta las de sus propios familiares, permitiendo que toda España sea base militar, marítima, terrestre y aérea, de armas nucleares del Tío Sam, uno de los blancos primeros de ataques atómicos de la Rusia dictatorial en caso de guerra entre esos dos competidores por el dominio del mundo?

Todo prueba que a «Franco, ese hombre», le estuvo doliendo el pensar, casi hasta el final de la guerra iniciada en 1939, que no podía intervenir al lado de Hitler en la medida total que deseaba para poder reclamar su derecho a tomar parte del botín, en el reparto de bienes ajenos al vencer, repetimos, las fuerzas nacistas — con las franquistas — como creía indudable. Y soñaba, seguramente, que si triunfaba Hitler, habiendo colaborado totalmente con éste, podría obtener hasta ciertos derechos

sobre México, que luchó, oficialmente, al lado de las «democracias».

Es la verdad entera, clara, rotunda, que ha de abrirse paso en los corazones y en las mentes de todas las personas que han vivido la historia contemporánea, en particular las nacidas en la España del Quijote, tan sufrida, tan rebelde y tan amada: el régimen franquista se salvó de caer como cayó, estrepitosamente, el fascismo italiano, ¡muy a pesar de Franco!

Es paradójico, pero cierto: España se salvó a sí misma, pese a «Franco, ese hombre», de intervenir en la segunda guerra mundial. Así salváronse de perecer dos millones, si no más, de españoles buenos y malos, decentes e indecentes — o mal educados — a pesar de pertenecer éstos últimos al Movimiento Nacional del franquismo, que está bien probado nada bueno puede ofrecer al pueblo español.

Lo grande, lo pequeño, lo sublime y lo ridículo

Hemos mencionado, repetidamente, al enano de El Pardo, tan pequeño en todo siguiendo representando a la anti-España la empequeñece a ésta más. Y antes de seguir adelante y entrar de lleno en el tema sobre la vida y la «muerte» de Miguel de Unamuno bajo el signo franquista creemos conveniente exponer nuestra opinión, brevemente, sobre lo grande y lo pequeño del ser humano, que es decir sobre lo sublime y lo ridículo del mismo.

Nos interesa hacer constar, en seguida, lo que es obvio: que no aludimos a los grandes hombres que dignifican a la humanidad — y la han dignificado y honrado en todos los tiempos — pese a su constitución física pequeña o mediana.

Consideramos que hemos de medir a nuestros semejantes — e ir midiéndonos nosotros mismos, primeramente —, de ambos sexos, por sus valores morales, en primer lugar; y, en segundo, por lo que valen intelectualmente si todos sus conocimientos o, en concreto, todo su saber — el mejor, el más efectivo y loable de los saberes — lo ponen o se esfuerzan por colocarlo, al servicio general de la humanidad a pesar de todas las oposiciones autoritarias y egoístas mezquinas personales, de clase, de grupo expoliador, de secta, de religión, de partido, etc., empeñados en detentar riquezas.

Estaturas mayores o menores de los individuos humanos según sean buenos o malos en la vida social.

Bienhechores o malhechores de la humanidad, sin términos medios: he aquí los valores permanentes, superiores o inferiores, positivos o negativos que elevan o disminuyen a los individuos humanos.

Compréndase, pues, por qué damos más importancia que nunca, en esta hora terriblemente dramática que nos ha tocado vivir, en la que está en juego la vida misma de la especie humana, a la tan descuidada superioridad ética y hablamos de la pequeñez, no sólo física, de el enano de El Pardo y de los sujetos que se empequeñecen siendo cóm-

plices y colaboradores de los sistemas estatales, de dictadores y gobernantes que, en nombre de una política cualesquiera, inventan formas de tiranizar a los pueblos dejando siempre en pie, como intocable, lo más inmoral y detestable que hemos de hacer desaparecer en la organización de las sociedades humanas; la explotación y la dominación del hombre por el hombre o por el Estado patrón, como en la Rusia dictatorial, que es el peor enemigo de los patronos.

Hablamos de humanidades chatas, de estaturas pequeñas — por altos que físicamente los sujetos malos sean —, despectivamente, refiriéndonos a los precitados no-hombres a sabiendas de que existen Hombres — que merecen la H mayúscula permanente — grandes con cuerpos pequeños, de tal grandeza moral y social que se agigantan a nuestros ojos, en todos los sentidos del buen hacer, hasta alturas inconmensurables.

No damos nombres por no poder darlos de tantos anónimos, los más generosos, que tanto abundan en las regiones hispanas, particularmente de ácratas, de libertarios, de hermanos nuestros de ideas. ¡Miles sus vidas perdieron, en España, en 1936-39, por luchar por el bien de todos sus semejantes! No podemos olvidarlos ni dejar de recordarlos con emoción sus afines ideológicos que a la suerte debemos no haber caído como aquellos heroicos defensores de la Libertad, insobornables, y que hemos heredado el deber social y humano de proseguir la batalla contra la anti-España con la misma entereza, sin pedirle ni darle cuartel, sin hacerle cesiones, que son traiciones, de ninguna clase.

Llor a los hombres jóvenes, de todas las edades físicas, que alcanzan niveles cualitativos y cuantitativos científicos y humanitarios elevados, extraordinarios, de dimensiones universales, dignos de ser envidiados, noblemente, de todo corazón, y de servirnos, a los individuos humanos y a los pueblos, de ejemplo a seguir para la superación social, ética, estética e intelectual.

Sin embargo, abundan demasiado todavía, por desgracia, los sujetos víctimas, en verdad, de la mala instrucción y educación (,) autoritarias que los envidian mezquinamente, hombres que ni hace minúscula merecen llevar, pasando por grandes, sin serlo, a los ojos del vulgo maleado por la publicidad indecorosa y mercantilista que realizan los Estados fabricantes de los falsos valores que ya están en quiebra, y que irán desapareciendo por inmorales, antisociales y antibiológicos.

Por otra parte, los sujetos autoritarios, político-religiosos, que logran ocupar el poder, que los deshumaniza más y más, contando con los presupuestos del Estado pueden darse autobombo, algunos desmesuradamente, como ha hecho, por ejemplo, el enano de El Pardo haciendo producir «Franco, ese hombre».

No, no hemos visto la película con este título.

Ni ganas de ver en persona, ni en la pantalla cinematográfica al instrumento de la Iglesia católica — que lo proclama «Generalísimo por la gracia de Dios» y le ha concedido la «Suprema Orden de Cristo», el máximo honor que otorga — del militarismo y de los grupos oligárquicos de la anti-España; al sujeto carente total de humanidad que usa el oscuro y brutal ciego poder que le conceden todas las fuerzas retrógradas para que destruya valores superiores de la España del Quijote como hizo con Miguel de Unamuno y tantos otros individuos humanos.

Sin embargo si estamos al corriente de las «hazañas» que ha realizado y sigue llevando a cabo «...ese hombre» avieso, destructivo y criminal. Las fuerzas negras, medievales, que capitanea, especializadas en obras de muerte, continúan merodeando por España detentando riquezas y eliminando vidas que opónense, decididamente, a sus arbitrariedades y crímenes aunque sólo sea con viriles pensamientos, como hizo el ex rector salmantino, pero gritándolos para que los oigan, los sientan y los comprendan todos los españoles que aman la Libertad, tanto como sus propias vidas, y se opongan, en la medida de lo posible, con todas sus fuerzas, a que sigan empobreciéndola, humillándola y esclavizándola. Hasta lograr el derrumbe del régimen franquista.

Este es el fin que nos importa, y poco o nada el término de la existencia efímera, intrascendente, del enano de El Pardo, servidor ayer de Hitler y hoy del Tío Sam. ¡Cuánto más se ha empequeñecido!

Frente a los caníbales autoritarios

Desde el 28 de marzo de 1939 España quedó a merced de los caníbales autoritarios capitaneados por «Franco, ese hombre». Y en aquel mismo día del de 1964 cumplieron 25 años que terminó la cruenta y larga batalla, que duró cerca de tres años, entre las fuerzas enormes que acumuló, en suelo hispano, la tiranía mundial y las del pueblo español que defendieron la libertad y la dignidad humanas.

Primer año que el nazifranquismo festejó sus llamados «25 años de paz española», de paz de los cementerios, la paz eterna que dieron a Unamuno y que ofrecen a los humanistas libertarios, en particular, que no callan, que bien quieren para todos los españoles y lo defienden con heroico valor humano.

Por otra parte, desde el 7 de noviembre de 1936, hasta el fin de la contienda, Madrid estuvo resistiendo el asedio terrible de las fuerzas liberticidas muy superiores en número, en carne de cañón y en armas que Hitler probaba en España y que utilizó antes de transcurrir medio año más, en la segunda guerra internacional.

(Continuará.)

Comunismo y capitalismo

por

BERTRAND RUSSEL

¿EN su opinión cuáles son, Lord Russell, los rasgos comunes del comunismo y del capitalismo?

— Hay muchos, a mi parecer, como resultado inevitable de la técnica moderna. Esta técnica exige grandes organizaciones, centralizadas, y produce un determinado tipo de dirigente. Es lo que acontece tanto en los países comunistas como en los capitalistas, si cuentan con una industria desarrollada.

— ¿Considera usted que esas grandes organizaciones producen una actitud de espíritu idéntica en los Estados Unidos y en la Unión Soviética, pongamos por caso?

— Así lo creo, pero con algunas limitaciones. Quiero decir que existen diferencias de grado, aunque no de género... Es parecidísima la semejanza entre un responsable norteamericano verdaderamente poderoso y un administrador soviético. Tal vez el dirigente norteamericano tiene una acción más limitada; pero no cabe duda que se trata de la misma especie de hombres.

— ¿Le parece a usted que en estas condiciones los rusos y los norteamericanos, atendiéndonos al mismo ejemplo, acaban por proponerse idéntico ideal de vida: automóviles, satisfacciones materiales, etc.?

— En gran parte, sí. Me parece que se han dicho no pocas bromas respecto al materialismo de los rusos. Después de todo, la mayor parte de la gente es materialista: las cosas que desean, son cosas que se pueden obtener con dinero. Resulta algo completamente normal, propio de la naturaleza humana. No advierto entre el Este y el Oeste esa gran diferencia que la propaganda nos quiere hacer ver. Se es materialista acá y allá.

— Usted estuvo en Rusia después de la primera guerra mundial. Entonces toda la izquierda expresaba su admiración por la Unión Soviética. En cambio la voz de usted resultó más bien discordante, por considerar lamentable lo que allí ocurría.

— Y continuó considerándolo. El régimen que surgió entonces no es nada deseable, puesto que no concede libertad alguna, no permite la libre discusión y pone trabas a la búsqueda de nuevos conocimientos. Por el contrario, incita al dogmatismo, recomienda el empleo de la coacción para propagar una opinión determinada, y sus maneras de actuar resultan en las más de las ocasiones muy poco gratas a un viejo liberal como yo.

— ¿Usted considera que ese régimen continúa comportándose de la misma manera?

— Así lo creo. La forma es un poquito menos virulenta que en tiempos de Stalin, pero esencialmente sigue siendo la misma.

— Acaba de referirse usted a la libertad de pensamiento. Si el régimen comunista pone obstáculos al pensamiento, ¿cómo explicarse que los rusos hayan progresado tanto en las ciencias?

— Pues bien, confieso mi sorpresa. Pero no debería sorprenderme. Ya hemos visto lo ocurrido en el Japón: cuando se occidentalizó, no occidentalizó su pensamiento, sino únicamente su técnica. Hasta su derrota en la segunda guerra mundial preservaba todas las antiguas creencias japonesas, en medio de un equipo industrial completamente moderno. Los rusos, por su parte, no han preservado las creencias del pasado, mas crearon todo un credo que hacen prevalecer sin inmiscuirlo para nada en el dominio técnico. Han descubierto la manera de ocupar a la gente con problemas técnicos, sin que tenga que preocuparse de otra cosa.

— ¿Cree usted que los comunistas han logrado mejorar la situación de los rusos?

— A decir verdad, lo ignoro. Es posible que los rusos sean hoy día más felices. Seguramente no lo fueron en tiempos de Stalin. Me inclino a creer que el ruso medio fue menos feliz durante el período stalinista que durante el zarismo. Quizás las cosas van mejor en la actualidad.

— Usted pudo ver a Lenin. ¿Qué impresión le causó?

— Verdaderamente me decepcionó. Desde luego, yo reconocía que Lenin tenía algunas grandes cualidades: un increíble valor, una voluntad inflexible, mucha determinación... Y estaba allí para encarnar un credo y no para sí mismo. En modo alguno para sí mismo, si bien hasta cierto punto él mismo era necesario personalmente a su propio credo. En este sentido Lenin fue un hombre honrado. Pero su credo me pareció harto estrecho. Vi en él un fanático, completamente incapaz de pensar fuera del marxismo.

— ¿Cruel?

— Pues bien, esa fue la impresión que tuve. No creo que haya sido tan cruel como Stalin, pero se me antoja que había en él ciertos aspectos de crueldad.

— Hablemos del mundo libre. ¿Tiene defectos que le sorprendan a usted en su manera de presentarse y de conducirse?

— Varios defectos. El más importante es que este mundo no es libre. No tiene derecho alguno al título de «mundo libre». En Inglaterra estuvimos perfectamente al corriente del terror que McCarthy hizo reinar en los Estados Unidos. Mas apenas nos damos cuenta de los mismos fenómenos cuando suceden en nuestro país. Si usted quiere ser funcionario, le espían. No se limitan a hacerle preguntas directamente sobre sus opiniones. Sus profesores universitarios y otros más se ven obligados a conducirse como si fuesen espías del gobierno.

— Un estudiante acaba de salir de Oxford y solicita un puesto en la administración. Ahora bien, usted afirma que preguntarán a sus antiguos profesores: «¿Es que este hombre es seguro políticamente?»

— Eso es lo que sucede. Muchos se negarán a contestar a tales preguntas, pero el hecho es que las preguntas se hacen. No sé lo que ocurre con la gente de Oxford, pero me parece que su caso es ese.

— ¿Es que un gobierno sensato no debe tomar precauciones para evitar la presencia en su administración de individuos que pudieran comunicar secretos de Estado a potencias extranjeras?

— No lo creo. Se exagera mucho sobre los espías, los secretos y todo lo demás. En realidad los rusos son capaces de descubrir todo por sí mismos y no considero que los espías y traidores nos hayan causado mucho mal o les hayan hecho mucho bien. Todo esto es puro melodrama y esta clase de historias sólo sirve para avivar la imaginación de la gente.

— ¿Hay aún alguna cosa más que pueda reprochar al mundo libre, tal como es en la actualidad?

— Tomemos otro ejemplo del poco caso que ese mundo hace de la libertad: su disposición a aliarse con Franco. Ahora bien, para mí el régimen franquista presenta las mismas taras que los regímenes comunistas. Cualquiera que sea su posición ideológica, usted no tiene por qué aliarse con gente cuya conducta es exactamente la misma que denuncia.

— ¿Si usted no lo llama mundo libre, qué denominación le daría?

— Mundo capitalista.

— Sin embargo, forman parte de él Suecia, Noruega y Dinamarca que no son países verdaderamente capitalistas...

— Tal vez no sea justo darle ese nombre. De hecho, el Occidente se distingue por su fe en el régimen parlamentario, salvo en países como España y Portugal. En líneas generales, el mundo occidental cree en ese régimen para sí mismo, pero no el mundo comunista. Esta es sin duda la diferencia más importante.

— Usted ha reprochado no pocas cosas al comunismo. ¿Existe algo más en esta doctrina que considere nefasto?

— Mi principal reproche se dirige a la creencia en el despotismo benévolo. Es una antigua creencia, dicho sea de paso, que existió en otras comunidades, pero que siempre se evidenció falsa: si un hombre rebosante de buena voluntad se convierte en un déspota, su despotismo sobrevivirá mientras que su buena voluntad tenderá a esfumarse. La

teoría comunista consiste en esto: otorga un poder inmenso a la gente que se adhiere a determinado credo, con la esperanza de que hará un empleo beneficioso de ese inmenso poder. Por lo que a mí respecta, me parece que salvo raras excepciones todo el mundo abusa del poder. Interesa, pues, repartirlo, allanarlo lo más posible y no dejarlo en manos de una pandilla.

— Por lo tanto, ¿quiere usted decir que los comunistas rusos, que un día lograron apoderarse del aparato gubernamental, ya no creen en la dictadura del proletariado?

— En efecto, así es. La palabra proletariado, tal como se emplea en la Unión Soviética, resulta una expresión pickwickiana. Allí pude comprobar que Lenin era considerado como un proletario, mientras que los mendigos de la calle, los pobres diablos que no tenían nada que comer eran calificados de lacayos de la burguesía.

— Comprendo lo que usted quiere decir. Pasemos ahora a otra zona en la que el comunismo ha sido puesto en práctica en gran escala: la China. ¿Es que ésta amenaza con la misma intensidad que Rusia a nuestro mundo, al que ya no denominaré libre, sino parlamentario?

— A largo plazo creo que la amenaza china puede llegar a ser aún más grave. Los chinos son la gente nueva del comunismo y atraviesan por una fase de fanatismo que los rusos han superado. La población china es también mucho más numerosa y continúa mostrando la laboriosidad de siempre. China es capaz de convertirse en un Estado más potente que Rusia. Y cuenta con hombres capaces, que soportan la comparación con los rusos.

— Es ese el parecer de los rusos?

— Desde luego, nada puede afirmarse. Y los rusos se guardan de decir algo a este respecto. Si se les interroga aunque sea con palabras encubiertas, sus respuestas son extremadamente evasivas. Pero todo hace creer que se dan perfecta cuenta del progreso de los chinos.

— Por ejemplo, es importante que los rusos no hayan dado a conocer a China los secretos de la bomba atómica y de la bomba H.

— ¡Muy importante!

... ¿Considera usted que la tensión existente entre el mundo comunista y el no comunista produce un gran daño a la libertad en general?

— Sí, un daño inmenso. Una tensión de esta naturaleza no puede dejar de producir efectos nefastos; hace que la gente sea incapaz de pensar con claridad. Por ejemplo, si usted estudia el sistema de los otros, la policía — tanto la del Este como la del Oeste — supone y teme que ineluctablemente usted se adherirá a ese otro sistema; por lo tanto, concluyen que no debe permitirse que se sepa lo más mínimo de lo que ocurre enfrente. Y esto es absurdo, verdaderamente absurdo. Otra cosa: en todas partes reina una atmósfera de recelo; se ve a bastante gente, de la que injustamente se sospecha, deslizarse hacia la ruina completa. Esta tensión produce un mal incalculable.

— ¿De todas las maneras no querrá usted que los rusos permitan el estudio del sistema parlamen-

tario y de su funcionamiento? ¿No podría su gente encontrar agradable una manera de pensar que les parecería no tropezar con obstáculos?

— También podría suceder lo contrario. Por ejemplo, en los Estados Unidos el que quiera estudiar los métodos rusos tiene que enfrentarse con grandes inconvenientes. Es necesario entenderse y permitir que cada cual estudie al otro. Estoy seguro de que habrá tantos norteamericanos que apreciarán el sistema ruso como rusos que apreciarán el sistema norteamericano.

— Pero en Inglaterra abundan los apasionados por el estudio del comunismo.

— Es cierto. Hay mucha gente que se interesa por él. Y no obstante se les permite profesar en las universidades, lo cual sería inaudito en los Estados Unidos.

— ¿Cree usted que es posible que el comunismo y el capitalismo aprendan a vivir en buena vecindad?

— ¡Claro que es posible! Pura y simplemente es necesario que uno y otro se acostumbren. Vea los cristianos y los mahometanos. Después de seis siglos de lucha, durante los cuales ningún bando obtuvo la victoria, apareció un gran hombre que exclamó: «¡Basta de luchas! ¿Por qué no nos hacemos amigos?» Y se hicieron amigos, por fortuna. Lo mismo puede suceder con el capitalismo y el comunismo, si se esfuerzan en comprender que ninguno de ellos conquistará el mundo.

— ¿Qué deben hacer para comprenderlo?

— Gracias a la experiencia. Desde luego, no es el caso de aguardar aún seis siglos, puesto que si tuviéramos que combatirnos durante seis siglos, como lo hicieron mahometanos y cristianos, no quedaría nadie sobre la tierra. Pero es posible obligar a los gobiernos de una y otra parte a comprender la necesidad de llegar a un acuerdo.

El mañana eterno

Déjame, Machado,
hablarles con tu pulso.
Que estoy enamorado
del curso
que me has dado.

*La España petulante y pendenciera,
granero sin semilla,
manejando su espada y su mantilla
con vocación de santa y de torera,
su corazón mancilla.
Llegó el mañana oscuro y permanente
con entraña vacía y sin alientos,
y la vieja lechuza de su monte
combinó su silbido con los vientos.
En jóvenes presencias deformadas
por la inquina de guardias inciviles,
la España jaranera huye en bandadas
de corazones vacuos y serviles.
Esa España inferior que dio la pauta
con beatífico olor zaragatero,
se incauta de la luz y hasta se incauta
del alma del tomillo y del romero.
La España que mató sigue rezando,
atada, sin pudor ni pantalones,*

*el altar donde, oscura, está inmoliando
en favor de sombrías tradiciones,
la voz pura y viril de sus varones.
«Florecieron las barbas apostólicas»
y brillaron las calvas de aureolas,
mientras se alzan, adustas y caóticas,
otras mentes mohosas y españolas.
Y del mañana huero que horripila
con frios sudorosos a esos hombres
cuyo pecho español aún les destila
España con su pulso y por sus nombres,
surge, indómita y limpia, nueva llama.
La infamada, famélica y flamenca
España de la idea a solas clama,
pensil y pensativa, como Cuenca,*

..

*La España que renace
sobre el yerto solar de sus cenizas,
es esta juventud que, herida, se hace
a fuerza del dolor que la hizo trizas.
¡Esa España implacable y redentora
que en Collioure germina,
con gesto de perdón es vengadora!
¡Y otra España en sus odios se extermina!*

FILTRO
DE
IDEAS

CAMUS, EL GRANDE

por M. CELMA

(Continuación)

MAS SOBRE LA ACCION Y EL ALMA

RECUERDO que uno de los disgustos más grandes que di a mi madre fue al decirle que yo no tenía alma y que además estaba satisfecho de ello. Se lo dije muy rotundamente. Después en mil ocasiones he dado pruebas de que no siempre se sabe lo que se afirma.

Afirmación como la que yo hice a mi madre no puede hacerse sin que acompañe una explicación de lo que entendemos por alma.

Pero como mi madre ya murió no voy ahora a abusar de CENIT para dar mi opinión sobre el particular. Continuaremos leyendo a Camus y veremos lo que dice él.

Una de las expresiones que más hace reflexionar se encuentra en «Calígula». Esta pregunta a Escipión: ¿Qué es un tirano? Y como respuesta obtiene: «Un tirano es un alma ciega».

Suave calificativo que poco a poco enmienda en el diálogo, puesto que más adelante dice que «está llena de úlceras», para al final soltarle: «Pero como todos los que no tienen alma, usted no puede soportar a los que tienen demasiado.»

Recuerdo también al Dr. Diego Ruiz, que muy a menudo decía: «Todo lo que existe obedece a un equilibrio. Si éste se pierde todo cae.»

Escipión también dice en «Calígula» que «demasiada alma es molesto» y «cuando algo se hunde es porque el alma vacila.»

Escipión piensa y por eso habla así. A su lado el funcionario — que como todo el mundo sabe, no debe ni puede pensar — razona de la manera siguiente: «El alma vacila pero la ley nos ampara.» Puede, pues, hundirse todo, lo legal es lo legal.

Significando cuán obediente debe ser un religioso, a la manera de razonar del funcionario, Escipión aún agrega: «Tiene el alma religiosa».

A la archiduquesa, que es hipócrita por naturaleza, le dice tiene alma de cristiana. Alma que no impide que la mujer sea libertina.

A veces se confunde alma con espíritu, con intuición y fe. Por ejemplo, en «La Peste» el médico declara que «creía luchar con toda su alma contra la epidemia».

Hay también «el alma de élite», hay la «grandeza de alma». Pero en su repertorio Camus configura el alma con propiedades heterogéneas y muy escabrosas. No pienso que lo hiciera por simple retó-

rica. Media mucho sus palabras para que se le injurie acusándole de escribir por escribir.

Sin embargo la imagen siguiente a ello te tienta: «Pero mi alma es un fuego que sufre si no se ve en llamas.»

Es mucho más explícito en la siguiente que resume toda una teoría y que de cierta manera da por caduca la noción del alma. Dice así: «La inmortalidad del alma preocupa a muchos espíritus, pero es porque rechazan, antes de haber gustado su savia, la única verdad que haya sido dada y que es el cuerpo.»

Pero si el alma es la noción inseparable de la dinámica, todos los **estados de ánimo**, sin los vicios de dicción se reducirían a alma pura y llanamente.

Mas esto sería demasiado sencillo y además poco serio. No se puede reducir semejante tema a un simple problema gramatical.

El propio Camus, después que revaloriza al cuerpo como queda dicho, agrega: «La poesía es asunto del alma.»

Dirigiendo su pensamiento conciencia adentro aún dice: «Alma mía, no aspire a la vida eterna pero agota el campo de lo posible.»

Cuán grande debe ser el papel atribuido al alma cuando leemos: «No saber estimar el alma es ya venderla.» O bien, «el hombre no es nada, puede matársele el alma.»

Pero la magnificencia puede existir a pesar del alma y aun sin ella ya que al referirse a España, con palabras muy entrañables dice: «Llanura silenciosa, tierra magnífica y sin alma...»

Y sin afirmar ni negar la existencia del alma, se pregunta si existe su inmortalidad.

En «Tiempos de desprecio» escribe: «Se trata de matar al espíritu y de humillar a las almas.»

El alma «opera» diferente al cuerpo. A veces se entrega ella y éste no; otras se ha entregado el cuerpo pero el alma se resiste.

En «Moral y política» refiere que «hay que salvar la libertad de estas almas... condenadas a servir sus principios.»

O bien: «Nuestro mundo no tiene necesidad de almas tibias sino de corazones que queman.»

Refiriéndose a la gente sin alma, entre la que cuenta el militar, el sacerdote y el funcionario, dice:

«Durante 4 años esos funcionarios han sostenido la función: elevaron pueblos de huérfanos, fusilaron hombres y les destrozaban la cara para que no fuesen reconocidos, los cadáveres de los niños se metían en ataúdes pequeños a taconazos; se tor-

turaba al hermano en presencia de la hermana; se fabricaba una generación de cobardes y se destruían las almas más valientes.»

En «el Socialismo mistificado» leemos: «Saint Just escribió acerca de los que tenían escrúpulos de conciencia. «Han retrocedido ante el horror, y Camus agrega: es cierto, y con ello han merecido el desdén de las almas fuertes y superiores para instalarse sin temblar en el horror.»

En «La rebelión metafísica» hablando de Pascal dirá: «Alma que duda aspira a ser jansenista.»

En «La negación absoluta», después de estudiar a Sade, Meslier y Voltaire, escribe: «Si el alma es bastante fuerte para edificar en el presidio una moral que no sea de sentimiento, creará en la mayoría de los casos una moral de dominio.»

Hay también alma de época. Lo dice al hablar de Nietzsche: «No ha formado el proyecto de matar a Dios; lo encontró muerto en el alma de su tiempo.»

Problema terrible: la inmortalidad.

El nihilismo estuvo contra el concepto del alma inmortal. Lamarck era un traidor para Pisareo simplemente porque Darwin tenía razón. Y Camus, que no aprueba la idea de inmortalidad, rechaza fuerte y alto ese rigor de los nihilistas.

Se place sin embargo de citar a Bakunin aun para temas como éste.

«En nombre de la causa, Nechaiev, que no ha atentado a la vida de ningún tirano, mata a Iva-

nov a traición en una emboscada. Después sale de Rusia y va a ver a Bakunin, que lo desaprueba y condena la repugnante táctica del atentado personal.

«Ha llegado poco a poco a convencerse — escribe Bakunin — que para fundar una sociedad indestructible hay que practicar la política de Maquiavelo y adoptar el sistema de los jesuitas: para el cuerpo la violencia, para el alma la mentira.»

De las policías en general escribe: «Después de la tortura, 5, 10, 20 noches de insomnio acabaron con una condición lúcida y en su lugar surgió un alma nueva. Nueva, pero muerta.»

Huye de lo real y Camus no dirá que es una simple fuga sino que has provocado un retroceso de la belleza de alma.

Y preocupado cada día de no perder el equilibrio y la ponderación al hablar de Nietzsche y de Prometeo en «El pensamiento meridional», leemos: «El alma llega a emborracharse de altura cuando nos colocamos en el vértigo de la desmedida.»

Pero se guardará muy bien de encarcelar ni encajonar al alma, ni siquiera la de formular directrices de conducta. Cuando alguien lo intenta obtiene lo contrario: «La rebelión, como cualquier otra pasión del alma no puede tener conservatorios. Breton lo intenta; por eso creyendo animar desanima.»

(Continuará.)

FRATERNIDAD, BASE DEL BIEN

FRATERNIDAD es unión y tolerancia. La fraternidad es al género humano lo que el sol a las plantas. Donde no hay fraternidad todo es caos y desorden. La ley del equilibrio político y social tiene su asiento en la fraternidad, ya que no puede haber armonía cuando se desbordan las pasiones ancestrales y se desatan los instintos violentos.

Fraternidad es entendimiento y concordia; es decir, comprensión. A la fraternidad se va por el camino del civismo y la cultura, no por la senda del egoísmo y la rivalidad. No hay cortesía más grande ni urbanidad mayor que la surgida de la fraternidad. Una organización de hombres bondadosos lleva en sí la simiente de un mundo generoso y fraternal.

Ningún principio absolutista conduce a la práctica de la fraternidad. La imposición es el río de la violencia que desemboca en el mar de la barbarie. La soberbia mata las raíces de la fraternidad porque en vez de crear el reinado del amor, implanta la ley de la selva.

Los hombres más comprensivos y bondadosos son los más fraternales.

Una sociedad presidida por la democracia tolerante y bienhechora alcanza escalar las más altas cimas de la fraternidad, ya que en los Estados absolutistas únicamente crece la intangencia que extiende la plaga de las luchas intestinas, incapacitando al hombre para

analizar y resolver los problemas colectivos con el máximo de conocimiento.

La fraternidad es una obligación, un deber. Cuando llevamos a la práctica esta idea altruista hacemos posible la unión que necesitamos para pervivir como seres civilizados. La fraternidad crea la unión entre los hermanos, el apoyo entre los amigos, y el progreso entre los componentes de una sociedad.

Fraternizar es hermanarse para convivir dignamente, respetándose unos a otros. Si se niega esta premisa que debe regir las realizaciones e inquietudes humanas, surge el descontento; se manifiesta la desconfianza, que destruye las leyes del equilibrio social.

Una organización de hombres fraternales es la primera condición para llevar a cabo grandes empresas evolutivas. La fraternidad acaba con el miedo y el rencor, instaurando la seguridad por todas partes.

La fraternidad exige espíritu de tolerancia para respetar las ideas ajenas, y predisposición de ánimo para no ahogar ningún sentimiento desprendido.

Ser fraternal es ser cariñoso; sentir la bondad brotar en el corazón como el manantial caudaloso que desciende de las cumbres. Nunca seremos excesivamente fraternos porque la fraternidad se engrandece cada día, como la idea del bien, a medida que se riega con las corrientes de la sabiduría y el bien.

LAS DICTADURAS

por MARGA BETIS

HAY, en la vida actual de los pueblos, momentos en que no se encuentra salida para ningún conflicto, épocas cruciales que exigen soluciones extremas. Todo el mundo ve, en esos momentos, que, con propaganda o sin ella, con revolucionarios o sin revolucionarios, cultivado el terreno o inculto, la revolución se impone. También los que dirigen los pueblos, desde el gobierno, el ejército o los trusts, lo ven. Y, para evitar la revolución, que cada día parece más inevitable, dejan paso libre a la dictadura. Para los gobernantes, los militares y los capitalistas, a los cuales, en la mayoría de los casos, hay que añadir el clero, la primera equivale a la supresión inmediata y total de todos sus privilegios. La segunda, aunque peligrosa, les ofrece, por lo menos, una posibilidad, que la revolución les niega de la manera más absoluta: la posibilidad, al poner sus facultades, su fuerza y su capital al servicio de la dictadura, de convertirse, con más o menos rapidez, en los dictadores — secretos, desde luego — del dictador. Y de guardar así, bien que aparentando lo contrario, sus privilegios, su poderío y sus riquezas. Además de su propia existencia, que una verdadera revolución habría, ciertamente, puesto en peligro. De ahí el apoyo que, antes, y aun durante los primeros tiempos de su llegada al Poder, prestan a los dictadores los profesionales de la política, los militares y, sobre todo, los capitalistas, a los que se une casi siempre la Iglesia, que ve en el régimen autoritario una posible protección. Apoyo gracias al cual el advenimiento de las dictaduras se hace posible. Dejemos aparte el caso de Rusia, cuya dictadura, nacida de una revolución, y no, como las demás, de una contrarrevolución, merece examen aparte.

Para el capitalismo, pues, la dictadura, aun aparentemente revolucionaria, es el antídoto, el último recurso para evitar una revolución que podría ser su pérdida definitiva. Y cuanto más democrática, cuanto más social, cuanto más avanzada la dictadura se presenta, más garantías le ofrece, pues con mayor facilidad es aceptada por el pueblo y más aleja de él el peligro de una verdadera revolución. De ahí que la protección, la tutela que el capitalismo ejerce sobre los dictadores, se disimule cuidadosamente y llegue hasta tomar semblante de oposición. De ahí también que los dictadores que con más sólidas bases se han incautado del Poder hayan sido populares, por lo menos durante cierto tiempo, a los ojos mismos de ese pueblo que tan duramente sujetan a su dominación. De ahí, aún, que las modernas dictaduras presenten un progra-

ma de reconstrucción, de reformas, de mejoras sociales importantes, lo bastante importantes para atraer con ellas al proletariado y sostenerse así no sólo gracias a la fuerza ficticia del capitalismo y del ejército, sino también a la fuerza real de una gran parte de la masa trabajadora. Alucinado por el espejuelo de unas relativas, pero no inexistentes mejoras sociales, seducido por las promesas de otras mejoras venideras, apaciguada momentáneamente su hambre, el trabajador — moderno Esaú, inconsciente o desesperado — no vacila en cambiar por el plato de lentejas que le tienden las dictaduras el porvenir maravilloso que habría podido conquistar. Renuncia así a la revolución, a todo intento de rebeldía, y con tal que la propaganda a favor del nuevo régimen se haga con un poco de psicología; que las reformas y mejoras sociales se realicen rápidamente y de manera espectacular, no vacilará en poner su pobre existencia sin objetivo y su ciega fuerza desesperada al servicio del dictador. Paradójicamente, ese dictador, que pudo aspirar al Poder y llegó a él con el apoyo de los elementos más categóricamente antirrevolucionarios del país, será, durante cierto tiempo, a los ojos de la mayor parte de la masa obrera de ese país, el más genuino, el más auténtico y alto representante de la revolución social.

..

Una vez llegado al Poder, gracias a esos dos factores divergentes — capitalismo y proletariado — que las circunstancias, aprovechadas por su habilidad, han llevado momentáneamente a converger, se presenta, para el dictador, el más grave de los problemas, problema de cuya solución depende no sólo la consolidación de su régimen, sino también su propia existencia. Le es preciso conservar a su servicio esas dos fuerzas divergentes y mantenerlas, a ser posible, unidas entre sí. Al mismo tiempo, tiene que no dar, a la una o a la otra, pretexto alguno de rebeldía; sofocar, cuidadosa y silenciosamente, todo conato de sublevación. Lo importante es desarmarlas a las dos sin dejar de servirse de ellas, y conservarlas unidas, oponiéndolas pese a ello, la una a la otra. Problema difícil, que, de no darse circunstancias excepcionales, o una todavía más excepcional sumisión peculiar a cada una de las dos tendencias en pugna — tal es el caso de Alemania —, es poco menos que irrealizable. En cualquier caso, esas circunstancias o esa sumisión tendrán que ser mantenidas por un conocimiento profundo de la psicología, conocimiento aplicado no sólo a la propaganda, sino a los menores gestos,

a los actos más ínfimos, incluso en el terreno privado. De todas maneras, ciertas realizaciones básicas son indispensables, y si se tiene en cuenta que los intereses de las dos tendencias son no sólo divergentes, sino opuestos entre sí, se comprenderá sin esfuerzo cuán arduo es el problema y cuán difícil la tarea del dictador. El concurso de la fuerza le es indispensable. Dos tendencias antagónicas, sin una vigilancia constante y perfectamente organizada, no tardarían en enfrentarse, en provocar conflictos que serían continuos escollos en la vida pública del país. Luego un peligro constante para la dictadura, lo mismo que para el dictador. La creación de una fuerza pública adicta se impone. Como se impone la institución de una nueva clase vigilante.

A pesar de todo, a medida que va pasando el tiempo, el régimen dictatorial pierde terreno. Lo pierde por múltiples razones, pero sobre todo porque, pasado el entusiasmo de los primeros tiempos, pasada la época de las promesas, llega la época de las realizaciones, que, aun siendo muchas, no son nunca tantas como fueron las promesas, y como lo conseguido, casi siempre, dista mucho de lo que se esperó, los más sólidos puntales de la dictadura van, poco a poco, vacilando; la confianza se convierte en escepticismo; las esperanzas, en desesperación.

Al mismo tiempo, van agotándose las posibilidades económicas de los primeros momentos; los fondos de propaganda, que tuvieron como base los donativos de los capitalistas, que siempre tienden a salvar sus intereses, van no ya disminuyendo, sino, además, sirviendo para fines distintos de aquellos a que en principio fueron destinados. El dinero que antaño se destinaba a la construcción de viviendas obreras, de centros escolares, a reformas sociales y sanitarias, hoy se emplea en habilitar nuevas cárceles, en sostener nuevos servicios de orden público y de represión policiaca. Y, para ello, no bastan, al poco tiempo los donativos. Hay que recurrir a los impuestos, y éstos tienen que aumentarse día tras día, a medida que aumentan los gastos estatales y van presentándose necesidades nuevas. El resultado es que los mismos capitalistas, que ayer prestaron su apoyo al dictador, y sin los cuales habría sido imposible su elevación al Poder, se hallan cada día más descontentos de su ex protegido, cada día más dispuestos a abandonarle, a combatirlo, quizás, de presentarse la ocasión de ello. Dominados, «controlados» económicamente, cargados de impuestos, expropiados, incluso, en algunos casos, con más o menos disimulo, con mayor o menor compensación, los capitalistas ven que han cometido un error de cálculo, lo lamentan y llegan a preguntarse si, en realidad, la revolución es algo tan terrible como les habían afirmado, tanto más cuanto ven que, en Rusia, la industria, la explotación y la propiedad privada vuelven, poco a poco, a florecer.

Por otra parte, según pasan los años, también el proletariado va dándose cuenta de su error. sometido a una disciplina intransigente, que hace del obrero una máquina más; observado, vigilado no

sólo por sus jefes y capataces, sino por una red secreta de espionaje, que no le permite el menor gesto, la más mínima insinuación, sin correr el riesgo de ser conducido al campo de concentración o a la colonia penitenciaria; amenazado en su persona y en la de sus familiares, si tiene mala suerte de que algo en su conducta o en sus expresiones desagrade a sus superiores o a sus propios compañeros, entre los cuales sabe se cuenta un porcentaje de delatores; sujeto a un constante y disimulado interrogatorio, que le obliga a pesar sus menores palabras, sin que por ello esté al abrigo de una mala interpretación, o de una venganza premeditada; sabiéndose sin defensa y sin más recurso que el de intentar ganarse las simpatías de los de arriba, aun a cambio de su lealtad para con los de abajo, el obrero descubre, por fin, el engaño de que ha sido víctima, y comprende que las mejoras materiales que se le han concedido son el precio no de su trabajo y de su esfuerzo disciplinado, sino de sus sentimientos, de su albedrío y de su dignidad.

..

En suma, llega un momento en que el doble equívoco que dio origen a la dictadura se desvanece. Capitalistas y obreros, descontentos unos de otros y entre sí, sabiéndose sacrificados a los designios del dictador y no por ello menos impuestos unos a otros, comienzan a vislumbrar un posible derrocamiento del régimen totalitario que ayer les pareció una solución. Y, aunque siempre y quizás más que nunca contrarios unos a otros, preparan complots, inician levantamientos y sueñan con apoderarse, a un tiempo, del Poder y de la tendencia enemiga, que fue y sigue siendo la fuerza adversaria primordial.

Pero, a medida que las bases primitivas de la dictadura van desagregándose, a medida que el dictador y sus satélites perciben ese hundimiento total, realizan, en todas las esferas y capas sociales, una vasta y cuidadosa labor de proselitismo, un fino trabajo de captación, cuyo fondo radica en la vieja, pero siempre eficaz fórmula de los intereses creados. Esa labor de captación, ejecutada por hombres tan voluntariosos e inteligentes como bien remunerados, fanáticos adeptos del dictador, se lleva a cabo, sobre todo, en las filas del ejército, de la policía y de la burocracia, entre la juventud ambiciosa, aventurera, desprovista de escrúpulos y deseosa de llegar a sus fines rápidamente y sin demasiadas dificultades. De esta selección de parásitos trepadores nace una nueva casta, una clase especial, ni trabajadora, ni burguesa, con los defectos de ambas y ninguna de sus cualidades, enemiga de las dos y solidaria de ninguna. Esta nueva casta, mezcla de militar y de policía, de señorito y de matón, se va transformando, con el tiempo, en un auténtico cuerpo armado, en una verdadera fuerza, la única que guarda fidelidad al dictador, y de la cual forma parte su guardia personal. En realidad, la única fuerza sólida en que puede apoyarse, la única dispuesta a defenderle, si es preciso, a sangre y fuego, puesto que, al hacerlo, de-

fiende sus propios privilegios y prebendas, su existencia misma, hartó comprometida, que un régimen futuro, cualquiera que fuese, haría peligrar.

Y es precisamente en esa fuerza fiel y especializada donde se abrirá la grieta que hará, primero que todas, vacilar el edificio dictatorial. Exceso de celo o ambición desmesurada, intereses distintos e idénticas disposiciones, incitan, unos contra otros, a aquellos mismos que tienen todas las razones para mantenerse unidos entre sí. De esas divergencias, de esa lucha por la primacía, nacen los celos, y la envidia, su parienta; de unos y otra, el odio, que no tarda en dar por resultado la división in-

terna, la creación de clanes simpatizantes o enemigos; de ahí, el desequilibrio, la desagregación, más o menos lenta, pero continua y segura, del organismo de cuya solidez depende el sostenimiento del sistema totalitario que le dio vida.

Si a ello añadimos la posición inestable del capitalismo, nada satisfecho de la intervención del Estado en su economía personal, el descontento creciente de la clase obrera y las aún más crecientes dificultades de su situación, nos será fácil imaginar cómo, ante la más leve intervención favorable de las circunstancias exteriores, la caída del dictador será un hecho.

HAY QUE ELEGIR

LA moral social, actuante y salvadora, no puede ser más que un socialismo renovado y vivificado, pues, como ya hemos dicho, el socialismo ha sufrido, más que otras concepciones nuevas, el peso deformante del pasado.

Estas fuerzas, cuyas raíces se hunden en el pasado, están siempre amenazantes: el autoritarismo y el absolutismo conservan su poder de seducción. Nada más tentador, cuando se trata de escapar a la complejidad obsesionante del drama social, que el entregarse a un poder fuerte que haga reinar el orden. Pero cabe citar a este respecto las hermosas palabras de Proudhon: «En el organismo social, como en el organismo físico, el orden no es consecuencia de la autoridad sino de la organización». Los métodos autoritarios han dado de sí ineluctablemente, aquello que debían dar: la equiparación del hombre a la categoría de prisionero o su elevación al grado de carcelero, de primera, segunda o tercera clase; la nación puesta bajo el signo de la nueva trilogía sagrada: «Crear, obedecer, combatir», teniendo como perspectiva combates que degeneran en guerras apocalípticas.

Justo retorno de las cosas y lógica implacable. Se puede hacer del principio autoritario el fundamento del orden social, pero no es posible asentar ese principio sino en la violencia, con la exaltación de abstracciones inhumanas. Y desde que se cultiva lo inhumano, ¿cómo ha de evitarse que se desencadenen la barbarie y la bestialidad latentes?

Henos aquí, pues, de retorno a lo esencial: al dualismo del ser humano, a su doble naturaleza de animal instintivo y de ser humano consciente y moral.

Planteado de ese modo el problema parece corresponder su solución a las ciencias naturales más bien que a la moral o a la sociología. Si, en efecto, todo depende de la medida en que lo humano del hombre prevalezca sobre lo primitivo y bestial ¿no estamos obligados a admitir, en suma, un nuevo fatalismo?

Indudablemente, no. Creemos haber afirmado suficientemente que el hombre aparece como artífice de su destino porque representa una realidad actuante y determinante, con el mismo título que todas las fuerzas naturales y que tiene aún sobre éstas la ventaja de ser una realidad pensante. El «Pienso, luego existo», de Descartes, es una verdad cuyo sentido no ha terminado de profundizarse.

El socialismo humanista no nos es impuesto por ninguna fatalidad y su advenimiento no está regido por ninguna ley fuera de las que emanan de la naturaleza humana. Confiamos, a pesar de todo, con firmeza en su triunfo porque no podemos creer en el suicidio social de la especie humana y porque los elementos del socialismo viven en los hombres que tienen más profundamente conciencia del mundo y de ellos mismos.

Corresponde a éstos afirmarla con la mayor precisión, claridad y audacia.

ESPIGAS
DEL
CONOCIMIENTO

El pensamiento y la vida

por RAMON LIARTE

El hombre tiende a la asociación. Todo nuestro ser es una parte de la sociedad. El individuo es sociable. No hay en la naturaleza divisiones totales ni clasificaciones absolutas. Estamos rodeados por todas partes; tenemos, pues, que invadir y ser invadidos. De ahí lo que tiene de fundamental la Biología sin que los lógicos y los metafísicos se lo puedan arrebatarse: «La vida es nutrición, producción y fecundidad». En esta trilogía, quintaesencia de la razón pura, descansa la base de la vida. Vivir, consumir y adquirir. O lo que es lo mismo: realizar, gastar, alcanzar. Es la ley esencial de la formación físico-química. Especie equivalente del deber; obligación que nos incita a sostenernos.

La pregunta del filósofo es concreta: ¿Qué es, en suma, la obligación para quien no admite imperativo absoluto ni ley trascendente? A renglón seguido contesta Guyau: «Una determinada forma de impulsión.» Y es que lo que comúnmente ha dado en llamarse la «obligación moral», «el deber colectivo», la «ley fraterna», no son más que ideas movidas por una personalidad activa, por un carácter determinante. La fuerza impulsiva de la doctrina religa el **equivalente natural con el deber sobrenatural**.

El fin es algo más que una conquista pasajera. Supone un placer ideal. La finalidad no es puramente utilitaria, ya que tiene encantos morales que son superiores a la materia misma. Para nosotros, la vida es una causa, un principio determinante, una razón de ser. Es algo más que simpatía o antipatía, placer o disgusto. No hay causa más grande que la vida misma. Sólo la vida es santa, dijo el exquisito Zweig. La vida, he ahí el resorte vital de todas las cosas. Ella es fuente de riqueza; propende por su lógica misma a engrandecer y a extenderse. Toda acumulación lleva a ensanchar su radio de acción. No hay moral sin dinamismo.

El hombre pensante no es, como vulgarmente se dice, un calculador ventajoso, un egoísta por excelencia. Hay algo más importante que el cálculo del hacendista. Si la existencia fuese solamente pérdidas y ganancias, debe y haber, no valdría la pena de ser vivida. Cualquiera pichirichi podría determinar las cosas. La vida es obra fecunda, labor penosa, esfuerzo tenaz, voluntad activa, personalidad influyente en todo lo que nos rodea. Todo ser es un resumen de energías. El individuo acumula fuerzas, atesora virtudes, contiene elementos para rehacer lo ya hecho. No se trata de darse por gusto, sino por necesidad. Lo que no se usa carece de valor. En el desgaste reside precisamente la formación de un dinamismo nuevo, de una moral superior.

No hay deber sin poder. La idea necesita pasar al acto, como el amor que necesariamente reclama el contacto directo para reproducirse. Un amor que no fecunda no transmite la vida. Una idea que no se hace carne no deja proyección en el tiempo y el espacio. El semen es al sexo femenino lo que la simiente a la tierra. Así es también, la idea al cuerpo social. No en vano el ideal es el futuro que se gesta lentamente, el germen venturoso del porvenir. Es una fuerza misteriosa que tiene más poder que la realidad. Potencia desconocida que la Biología estudia pacientemente para descubrir uno de los secretos más bellos de la naturaleza. Si algo tiene de sublime el porvenir es que avanza desbordando al presente. Así es la doctrina: trabaja silenciosamente en la entraña del tiempo, y cuando nadie lo espera, excepto los grandes iniciados, es decir, los militantes de una causa, sale a la superficie para imponer su potencia determinante y arrolladora como un caudal profundo e inmenso. Todo lo que es pensamiento y sentido se convierte en ideal. La vida se hace su misma acción, se da su código, se dicta su ley, se redacta su decálogo. La vida es el gran todo: movimiento ascendente, acción sin tregua, trabajo que es obra.

La doctrina de la acción es el sedimento mismo de la naturaleza. Es un poder que tiende a extenderse, a ser, a realizarse. Toda realización nace de una idea motriz superior. Lo vulgar no se personaliza, de la misma manera que lo débil está llamado a desaparecer. Se comunica todo lo que tiene energía. Lo más fuerte, así en el pensamiento como en la acción, se abre paso. No puede haber, pensamiento sin acción. La unión del ser con el universo es indestructible. Por eso la idea va unida, por infinitud de lazos visibles e invisibles, a la vida que no acaba nunca.

No hay trabajo más encantador que homogeneizar el pensamiento alto con una acción extensa. En la concordancia reside uno de los principios más seguros del equilibrio. Quien no quiera estar en lucha consigo mismo tiene que comenzar por ser fiel a su idea, leal a su pensamiento. Hay cosas que no se cuentan. La verdad es tan grande que no puede ser almacenada por ningún usurero. Lo esencial en la sociedad es ser, realizarse con ánimo resuelto y voluntad de potencia. Ser amor, sentimiento humano hecho cortesía del intelecto y grandeza del corazón. El hombre debe procurar ser para vivir la vida, para transmitirla. Sentirse vivir haciendo vivir a los demás; tal es el secreto

mágico de las conciencias elevadas, de los seres que dan estilo y modelo a la vida.

¿Para qué vivir si no somos como debemos ser? Establecer la concordancia entre la idea y la obra, viviendo la vida que deseamos vivir, ése y no otro es el cometido del hombre. No seamos nunca un fracaso completo por no haber sabido triunfar. El hombre que se engaña es como una mentira en movimiento. Quien es leal a su propio ideario es la verdad convertida en acción. No se alcanza la auténtica realización del sér, sin conseguir sincronizar nuestros actos con la unidad de la vida.

El combate del hombre

SABEMOS quién nos sigue porque escuchamos sus pasos. No vanamente tenemos conocimiento de nuestras posibilidades; si andamos más deprisa que los demás nos exponemos a que nadie pueda seguirnos. Es de poetas decir: «Lo que importa es ir solo por el gran camino.» Siento verdadera veneración por los poetas porque son la luz de la vida, el proyecto de la historia. Pero interesa oír la voz del revolucionario, que es el segador de la gran cosecha.

Hay que procurar ir bien acompañados. Y cuanto mejor acompañados estemos, más agradable será nuestra caminata. Yo quisiera llevar junto al anarquismo a toda la humanidad. No me bastan cuarenta familias sedentarias. ¡Para mí todos los pobres del mundo! Con ellos a todas partes. No desconozco que hay hombres volubles. Eso no me interesa. No es la veleta la que da vueltas, sino el viento que cambia de dirección el que la hace girar caprichosamente. Así ocurre en la vida diaria. Hay hombres que teniendo afán de mantenerse firmes, dan vueltas y revueltas, cambian de posición como de chaqueta, quien tiene muchas, y no por deseo de negar lo que son, ya que no son nada, sino porque no tienen fuerza para afirmar la personalidad propia que sólo es dable a quien la tiene y la sabe defender. La personalidad es para ciertas personas algo así como una cosa rara, completamente desconocida.

Quien ha escuchado el gran himno, lo recuerda siempre. No puede olvidarlo. Las manos que empuñan un fusil para defender el derecho; los labios que cantan la canción de la libertad, son manos y labios que escriben la nueva vida. La grafología y el verbo son como notas de un mismo pentágrama. Qué importa la muerte. Lo que cuenta es el combate decidido sin tener miedo a perder la vida. Por sobre todas las cosas, la vida es lo primordial, pero a condición de ser verdadera vida.

No es posible dormirse cuando llega la hora del despertar. Que nuestro grito llegue a todas partes. Si sabemos decir lo que todos desean escuchar siempre tendremos oído dispuesto a no perder ni una sílaba de todo lo que decimos. Nunca nos faltará una mano tendida y abierta, no sólo para saludarnos, sino para empuñar nuestras armas de lucha. Los pueblos y los hombres se salvan luchando. Todas las formas dignas de lucha son santas,

son puras, son nobles. Los ecos de la revolución nos dicen cuál es el verdadero camino de la victoria. La no-violencia india es el dinamismo que pone en vilo a un pueblo. La fuerza organizada y consciente es el arma primordial de las muchedumbres que bregan por su emancipación. El anarquismo no ha encontrado en su trayectoria grandes novelistas. Acaso sea ésta su falla número uno. A mi modo de estudiar, creo que Han Ryner ha sido nuestro mejor novelista, y al maestro de la prosa fina y socrática debemos este pensamiento: «Todo lo que aproxima exteriormente a los hombres sin unir sus corazones y sus voluntades, es un mal. No apruebo las uniones entre individuos que se odian. Porque la unión me parece el más raro y el más deseable de los bienes, tengo un miedo terrible a las apresuradas y torpes mezcolanzas.»

Yo no creo en las clases sino en los hombres. No hago de la clase obrera el último refugio del centralismo autoritario. Para mí, lo decisivo es la especie humana. Sean cuales fueren, las clases son el fermento de una nueva dominación. Los anarquistas debemos poner en marcha la acción de métodos determinantes, de ideas que lleven en sí mismas el germen de nuevas transformaciones. Nosotros no solamente queremos abolir el capitalismo, acabar con el Estado y poner fin al reinado moderno de la burguesía. Nada conseguiremos mientras no hagamos desaparecer la esclavitud voluntaria, la entrega sumisa y a cualquier precio a los poderes extraños. No hay dictador sin esclavos. Luego la tiranía tiene su asiento en la miseria de los resignados tanto como en la soberbia de los dominadores. Un esclavo aislado que se rebela contra la opresión tiene una fuerza incalculable, mas dos esclavos que se unen para sublevar a todos los esclavos lo tienen todo a su lado. La unión no es una cuestión de clase ni de mescolanza, sino de obligaciones y sentimientos. Se ha dicho que el hecho de estar organizado no modifica la mentalidad del individuo; y esto no es exacto. De un hombre perdido e indefenso a un hombre encontrado y protegido, hay un abismo. Lo sustantivo es la idea, lo fundamental el hombre.

El anarquismo es el decálogo de la libertad. No quiere sometidos ni esclavos. Lo que nosotros queremos es que los hombres sean ellos mismos, que se sometan a su respectiva voluntad. Sólo en el interior de cada ser existe la verdad. El camino de la manumisión así individual como colectiva no debe confiarse a manos ajenas, a poderes extraños. El anarquismo organizado no ofrece paraísos. No pretende redimir a nadie. Lo que quiere es que cada hombre sea su propio redentor. La emancipación es obra de cada uno, es la labor de todos los que saben unirse para ayudarse y comprenderse. Hay que acabar con el dogma de la obediencia. Obedecer no es pensar. Sentir no es entregarse. La ley nunca ha encarnado la razón, sino el poder que a la sinrazón conduce. Sólo suprimiendo al Estado podremos erradicar las clases, las jerarquías sociales. La violencia política reside en los que fomentan prebendas y distribuyen privilegios. Pero la fuerza

moral, física y natural está en los sometidos que luchan y trabajan para liberarse. La unidad de las masas hace la fuerza del jefe; la unidad de los cobardes crea la potencia del más audaz; pero la unión de los más audaces, convencidos y dispuestos, arroja a los explotadores y emancipa a los explotados, transformándolos en hombres libres e iguales. Los pasos de los oprimidos son notas sonoras en el pentágono de la revolución social y libertaria de nuestra época.

Pensar para vivir

NADA engrandece y eleva más al hombre que el pensamiento. Merced al pensamiento aprendemos a vivir. Quien piensa comprende y disculpa. La clave mágica del conocimiento reside en comprender. Si los hombres en general comprendiesen la vida, daríamos un gran paso hacia la unidad social. Nosotros, que somos hombres, no sabemos hasta qué punto los hombres nos comprenden o se alejan de nosotros.

Sabemos que el arte ennoblece porque, así el creador como el que estudia la obra del maestro, elévanse hacia regiones redimidas de la vulgaridad y el mal. La literatura es la acción sublimada por el encanto de las creaciones serenas y equilibradas.

Esa magnitud del espíritu la observamos en Cervantes, Goethe, Shakespeare; en la antigua Grecia y en el culto a la fuerza de la misma Roma. Sin elevación de criterio no hay más que brutalidad, instinto, pasión. Y esas fuerzas sólo pueden ser administradas por el pensamiento.

Vivamos para pensar. Y cuanto más y mejor pensemos el pensamiento y la vida, mayores serán los resultados obtenidos en la búsqueda del conocimiento. Leer, estudiar, sentir, pensar, querer y sobre todo, amar; tal es el lema que nos educa, modela y hace posible la convivencia. Vivir es, en cierto modo revivir lo vivido en hechos nuevos. Pensar es adentrarse, conocerse, y especialmente, sentir y comprender a los demás.

El pensamiento está reñido con el fanatismo, ya que el fanático no piensa ni lo que otros pensaron para él. La vida no es una casa cerrada, sino un universo abierto a todas las ideas sanas y fecundas. No se puede vivir sin amar al hombre, sin apreciar el valor de las cosas. Ante todo debemos ser solidarios. Sólo cuando nos solidarizamos con el mundo que nos rodea conquistamos fuerza y proyectamos nuestro ser. ¿Qué vale la vida sin el pensamiento? Absolutamente nada. Carece de interés. Es la rutinaria monotonía de ir muriendo sin vivir. No hay nada más insulso que el vacío mental. La vida es una eterna obra de arte que merece ser trabajada con cariño y emoción para gozar todos los secretos desconocidos.

El hombre que piensa es el caballero de la generosidad. Adopta una actitud digna ante la vida. Pensamiento o indiferencia; vida o muerte: todo de los seres o nada del abismo. Se trata de pensar para rejuvenecernos. Cambiar la existencia pensando en nuevas auroras. Pensar las ideas que poseemos sin que ellas nos dominen ni posean totalmente. Eso es ir por el gran camino. Orientarse por sí mismo para llegar al sitio deseado. No es tarea fácil orientarse entre el laberinto de fórmulas, proposiciones y dogmas. Pero quien sabe meditar no se pierde tan fácilmente. Se salva de la incertidumbre y vence la resignación.

Quien piensa tiene el conocimiento abierto a toda lección; sabe sentir toda manifestación intelectual. Amar y sentir para pensarlo todo sin cegarnos por la pasión. La emoción tiene encantos misteriosos que hacen gozar al pensador de inmensidades. El pensamiento es siempre alto porque es luz y alborada. Hay pensamiento en la canción y en la senda. Pero sólo los que piensan alto pueden paladear el valor puro del sacrificio, el néctar de la alegría, venciendo al dolor. El pensador sabe sufrir porque no hay pensamiento sin esfuerzo. Toda obra es hija del sufrimiento. El pensador lleva en su rostro todas las penas del universo. Pero no hay nada más grande que pensar una idea, pensar en sí mismo, pensar en los demás.

Dadme fango — dijo Delacroix — y os haré con él la más esplendorosa figura de mujer. Dadme todos los dolores del mundo y os haré con ellos la redención humana, supo decir Sebastián Faure en su hermoso libro «El dolor Universal». Nada hay completamente despreciable. Todo puede ser útil y bello si sabemos trabajar con delicadeza para darle el valor exacto a cada cosa. Frente al eclesiástico de la desesperanza supo decir Walt Whitman: «Yo canto la llegada del hombre». Y Unamuno agregó con el chispazo resplandeciente del genio: «Plenitud de plenitudes; y todo es plenitud.» El vaso lleno de agua, la idea rebosante de bondad, el hombre atlante caminando hacia la perfección, hacia la vida, hacia el porvenir.

No hay redención sin pecado ni manumisión sin esclavitud; pero hay que acabar con la esclavitud para que viva el hombre, y supeár la redención para que desaparezca el fariseo. El conocimiento es la solidaridad de los corazones. En la existencia del pensamiento generoso reside la conciencia que hace del hombre un ser superior para vivir la vida. El placer más grande de mi vida es haberme situado desde mi adolescencia al lado de los vencidos. He pensado una y mil veces la vida de los que no triunfaron nunca. El hombre vencido tiene más hambre de victorias emancipadoras que de pan; siempre está predispuesto a luchar. Yo canto, cuento y presiento la lucha futura. Ella es el pensamiento que renace, la vida digna de ser vivida.

Educación y justicia

por MICHELINE NOAILLES

El lobo entró en el redil y mató a las ovejas. Llegó el pastor y mató al lobo». Cuando un niño oye esta frase, la considera como un cuento. Se entristece porque han matado a las ovejas, que son buenas, pero se alegra porque el lobo, que es malo, ha sido castigado.

Este niño conserva todavía la candidez infantil que simpatiza con todos los seres y se conmueve, pero considera también al lobo, a las ovejas, al pastor, como lobo, ovejas y pastor, es decir que él cree en las cosas por ellas mismas, no las interpreta; el mundo es tal cual le aparece: Es, y nada más. Pero él juzga y castiga: da un valor a las cosas. Este valor no lo ha descubierto solo sino que se lo han enseñado la cultura, la educación, el ambiente social, los adultos.

Por otra parte, cuando un adulto oye o lee esa frase, la interpreta porque él es capaz de abstraerse del ser para representárselo. No se conmueve, porque su mente sólo está en acción y controla siempre sus sentimientos. Considera al lobo como un criminal, a las ovejas como la sociedad y al pastor como la justicia. Le parece justo que castiguen al criminal porque ha violado las leyes sociales. Esta justicia se funda sobre la pasión, la venganza, la agresividad y el pesimismo, porque sólo interviene la justicia cuando ya se ha cometido el crimen.

Este comportarse del adulto impregna la cultura y se transmite al niño por medio de la educación. Destruye su amor natural al mundo y le hace participar a lo infernal de la sociedad.

La educación no es únicamente la instrucción, la ciencia; es también la formación social y sociológica de la personalidad de cada uno. No se manifiesta sólo en la escuela, sino en todos los medios (familiar, geográfico...) en una palabra, en toda la vida social. Forma al individuo desde la infancia y le forma a imagen de los educadores. No es, claro está, absolutamente determinante, pero sí uno de los elementos primordiales en la formación de la personalidad del individuo y, como consecuencia, de la sociedad. El adulto egoísta, apasionado y pesimista, refleja su medio y forma al niño a su imagen.

Sin embargo, yo he conocido adultos para los que la justicia no es el castigo. Es tratar de comprender al criminal, más que juzgarle. Comprender que mata o roba porque está desequilibrado, buscar la causa del desequilibrio y tratar de suprimirla. Entonces, el hombre, al

tener lo que le faltaba, ya no experimenta el deseo de matar o de robar.

Los adultos saben pensar, pero sólo piensan con su mente, y no sienten amor, porque la mente no engendra el sentimiento ni la comprensión por simpatía. Su remedio será a la medida de su ideal, pero no forzosamente a la medida del que cometió el crimen. Creen que son tolerantes porque conocen la justicia, pero no conocen el amor, el aceptar la originalidad de cada uno y el abrirse completamente a la diversidad humana. Tampoco conocen el optimismo que impediría al criminal de llevar a cabo su acto, que le curaría su salud.

Pero he conocido a niños que son optimistas y que aman. Para ellos, si el lobo ha querido devorar a las ovejas, el pastor ha llegado antes y lo ha impedido. No le ha matado ni ahuyentado, le ha dado de comer. El amor de este niño es inmenso, y tanto más bello cuanto que no se esfuerza en amar: ama espontáneamente, naturalmente. Da su amor a las ovejas, que no son devoradas; al lobo, que no es muerto, al pastor, que sabe comprender en vez de castigar. Da su amor a todos los seres y no distingue los buenos de los malos. Todos tienen hambre, y los que matan o roban no han recibido su parte. No son los únicos responsables, pues, de su crimen, sino que la sociedad entera es responsable.

Estos niños nos enseñan, pues, el amor-justicia. Pero son niños todavía, y la sociedad aún puede formarles y cambiarles a su imagen.

La verdadera justicia, la que ama — que es optimismo — no se halla ni en esos niños si es esos adultos-pensadores, porque les falta, a unos, la representación, el tomar conciencia, y a los otros, el sentimiento, la fe, el calor.

Sólo puede estar en el adulto que no espera a que el lobo se coma a las ovejas y no desea que el pastor mate al lobo, sino que da de comer al lobo antes de que se coma las ovejas. No destruye a nadie, les deja la vida a cada uno, protegiendo a los unos de los golpes de los otros y llevando a éstos por caminos que les permiten vivir sin dañar a aquéllos.

El que es capaz de esta justicia, ama al mundo entero, desde las piedras hasta los hombres, pasando por los microbios. No hace distinción alguna entre bien y mal, no condena nada porque tiene fe en la naturaleza, en el hombre y en la posibilidad de hacerle conocer esta justicia gracias a una educación transmitida en el amor, en la compasión del ser y de la naturaleza.

Puede parecer utópico este ideal, pero hay hombres que lo practican.

POETAS DE AYER Y DE HOY

Amores altos

«Amé a los hombres, me sentí su hermano...» — C. Texas.

¡Amar siempre a los hombres como hermanos!
He aquí, precisamente, el gran secreto:
Pero amar con el alma, ¡con la sangre!
Amarles... de verdad. No con los labios.

Con ese amor que no se aprende en libros
ni nos enseñarán jamás los sabios.
Con un amor más fuerte que la vida
y más alto que el sol, mucho más alto.

Un amor que no aguarde recompensas
porque nada agradecen los humanos.
Amores hechos de hondos sacrificios,
luchas oscuras y un bregar callado.

Ese entregarse del que nada espera
y darse porque sí sin explicarlo;
sabiendo que la casta de los judas
no acabó cuando «aquél» murió colgado...

Sabiendo que éstos a quien hoy amparas
te juzgarán mañana por tirano
y sembrarán de espinas los caminos
que tú quisiste, ¡ay! sembrar de pétalos.

Llevando en cada fibra de tu ser
el latido de un sueño malogrado
y seguir, rumbo al norte, con tu nave

Seguro entre los riscos. Como un cíclope
del Ideal que el pensamiento humano
al pase sobre todas las miserias
álzase sobre todos los fracasos...

Amar así. Sabiendo que le esperan
traiciones, impiedad y desencantos.
Sin que pienses jamás en gratitudes
porque nada agradecen los humanos.

Pero amarles. ¿Qué importan sus acciones,
deslealtades ni criterios vanos?
Abre tu corazón al enemigo
y verás cómo encuentras un hermano.

Y entonces tus oscuras soledades
volverán a adquirir su viejo encanto.
Cuando ames con el alma, con la sangre,
Cuando ames... de verdad. No con los labios.

C. VEGA ALVAREZ